

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
BIBLIOTECA DE DIBUJOS

El MUNDO AL DIA

50 francos

50 dias de la vida en una hora

Op



..el gran desastre..

por

JOSEPH SENEY

0
45149
21

B.D.I.C.
21 00181420

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR

La religion al alcance de todos, - <i>Ibarreta</i>	150 francos
Sembrando flores - <i>Urales</i>	150 »
Kropotkin - <i>Planche-Delpy</i>	210 »
L'unique et sa propriété - <i>Max Sturmer</i>	325 »
Durolle - <i>Planche</i>	150 »
Le Monde nouveau - <i>Besnard</i>	160 »
Méthode Simonne (para aprender el frances).	180 »
Diccionario frances-espanol-espanol-frances	325 »
Diccionario Espanol-illustrado - <i>Larousse</i>	920 »
Gramatica castellana - <i>Toro Gomez</i>	100 »
Manual de jardineria y agricultura	175 »
Manual del electricista	175 »
Manual de Automovilismo	175 »
Manual del pintor,	175 »
Aguas primaverales - <i>Tourguenef</i>	175 »
Padres e hijos - <i>Tourguenef</i>	175 »
Fatalidad - <i>Hamsun</i>	175 »
El rey Hambre - <i>Andreyef</i>	175 »
El primero de Mayo - <i>Gori</i>	30 »
Sugestion de Espana - <i>Alais</i>	35 »
Etica - <i>Kropotkin</i>	100 »
El apoyo mutuo - "	200 »
La révolution inconnue - <i>Voline</i>	350 »
El proletariado militante - <i>A. Lorenzo</i>	170 »
Crisis del socialismo - <i>Garcia Pradas</i>	70 »
Guerra civil - "	120 »
Origen, esencia y fin de la sociedad de clases.	160 »
Rusia en Espana - "	135 »
Socialismo autoritario y Socialismo libertario <i>Nettlau</i>	60 »
El Romancero de la Libertad - <i>Olivan</i>	70 »
Geografia de Espana - <i>E. Joan</i>	200 »

68235
15 NOVEMBRE 1949
CAHIERS MENSUELS
— DE CULTURE —



N° 21

EL MUNDO AL DIA

FEDERICA MONTSENY

**CIEN DIAS DE LA VIDA
DE UNA MUJER**



B.D.I.C.



21 00088493

EDICIONES "UNIVERSO"

29, Rue des Couteliers - TOULOUSE (Hte-Gne)

045199

Volumenes publicados de "EL MUNDO AL DIA"

- "La Educacion Sexual" por el Dr. Augusto Forel.
"El Sexo, la Prostitucion y el Amor" por Mariano Gallardo
"Divulgacione cientificas : Las enfermedades y sus remedios" por el Dr. Oscar Lavilleneuve.
"Libertad Sexual de las Mujeres" por Julio R. Barcos.
"El problema de los Sexos" por Federica Montseny.
"Las concepciones modernas de la Sexualidad : El Sexo y la Biologia" por el Dr. René Allendy.
"Las concepciones modernas de la Sexualidad : Psicopatologia de la Sexualidad" por el Dr. René Allendy.
"Lo que debe saber toda Joven" por la Dra. Mary Wood.
"La Tuberculosis : Como se previene, como se adquiere y como se cura", por el Dr. R. Remartinez.
"La Alimentacion humana : Higiene de la nutricion y prevencion de las enfermedades derivadas de la nutricion", por el Dr. Lucio Alvarez.
"La Higiene, la salud y los microbios"
por el Dr. Isaac Puente.
"El Problema sexual" por el Doctor G. Hardy.
"La Energia Atomica : Historia y Evolucion de la teoria Nuclear" por José D. Calderaro.
"Generacion Consciente" por el Dr. G. Hardy.
"Mujeres en la carcel" por Federica Montseny.
"Patologia racional : Las enfermedades, su origen y curacion" por el Dr. Brandt.
"Nociones de pedagogia : Como debemos educar a nuestros hijos" por un Profesor de la Normal.
"Fertilidad y Esterilidad en la mujer" por el Dr. Javier Fernandez.
"Como se forma una inteligencia" por el Doctor Toulouse.
Todos a 50 francos ejemplar.
Veinte por ciento de descuento a paqueteros y corresponsales.

Servicio de Libreria de "UNIVERSO", 29, rue des Couteliers - TOULOUSE (Hte-Gne).

El proximo volumen de "EL MUNDO AL DIA"
se titulara : **"COMO SE EDUCA UN CARACTER"**

por el Dr. Toulouse.

PRIMERA PARTE

EL GRAN DESASTRE

Si cada refugiado español narrase simplemente lo que ha vivido, se levantaría el más extraordinario y conmovedor de los monumentos humanos, ante el que palidecería cuanto hasta hoy ha producido la imaginación de los hombres. Simplemente, humildemente, con la preocupación constante de la sencillez y de la verdad estricta, he descrito yo este episodio de mi vida, episodio a su vez de lo que ha sido la tragedia sin fin de un pueblo en éxodo y de una humanidad asolada por los azotes más terribles : la guerra y el fascismo.

I

Hacia ya varios días que flotaba en el ambiente de París un aire de pánico. Se vivían los momentos psicológicos que nosotros ya conocíamos : los que habían precedido al fatal 27 de enero en Barcelona. En las esferas oficiales todo el mundo había perdido la cabeza. Los alemanes avanzaban sobre París; sus columnas motorizadas habían ya rebasado, de mucho, el avance de 1914-1918.

Y a últimos de mayo de 1940 — no recuerdo exactamente el día — el propio Estado Mayor francés imaginó, como solución desesperada, oponer a las motorizadas teutonas el método puesto en práctica por los dinamiteros de Asturias.

Un inspector de la Sureté — un tal Papin — vino a buscarme a mi casa, no hallándome en ella intentó localizarme en el S. E. R. E. y — detalle cómico — me encontró casualmente en una « descente de police » efectuada en un « meublé » cerca de la Gare Saint-Lazare, en el que yo me encontraba por azar en aquel instante.

Al verificar mi identidad y ver mi nombre, el inspector exclamó :

— ¿ Ah, es usted Federica Montseny ? Hace tres días que la estoy buscando.

— ¿ A mi ? ? Y para qué ?

— ¡ Oh, no se alarme usted ! Orden del Estado Mayor.

— ¿ Y qué he de ver yo con el Estado Mayor ?

— Lo ignoro. Sólo tengo orden de encontrarla y de conducirla a las oficinas del 2° Bureau Militar.

Asombrada y un poco inquieta, tuve que seguirle inmediatamente. Me llevó a presencia de un oficial superior, flaco, pálido, de aspecto enfermizo.

— ¿ Qué es lo que desean ustedes de mi ? — le pregunté un poco impaciente.

Con voz fatigada, el oficial me dijo :

— Se lo diré en pocas palabras. No pudiendo localizar a ninguna otra personalidad española exenta de influencia comunista, hemos pensado en usted para que nos ponga en contacto con elementos militares o civiles españoles que en España hubiesen formado parte de los dinamiteros anti-tanquistas. Usted conoce a su gente. Nadie mejor que usted para darnos nombres. Quisiéramos organizar rápidamente unas cuantas unidades de anti-tanquistas para oponernos al avance de los tanques alemanes.

Había en mi, vivo y candente, no atenuado por el tiempo y la distancia, el rencor acumulado en todos los corazones españoles por la recepción que Francia había reservado a nuestras columnas de civiles y de soldados vencidos. Sonaba aún en mis oídos, en este día de mayo de 1940, el llanto de las criaturas que morían de frío y de hambre, bajo la lluvia, por las calles del Perthus, en aquella horrible noche del 28 de enero de 1939, sin que ni una puerta se abriese para acogerles. Veía aún, ante mis ojos, el cuerpo de mi madre, extendida en una camilla, abrasada de fiebre, dejada sola, a oscuras, sin que ni una mano piadosa le diese ni un vaso de agua, en la sala de la escuela del Perthus, mientras yo, con mi hijo de siete meses en brazos y mi niña de cinco años abrazada a mis rodillas, confundida con los miles de mujeres, de niños, de viejos y de heridos, veíamos ante nosotros la frontera cerrada y defendida por destacamentos de senegaleses con las ametralladoras en las manos. Veía a mi madre muerta, el 2 de febrero, en el Hospital Saint-Louis de Perpignan; a mi viejo padre preso, separado de los demás refugiados, en Saint-Laurent de Cerdans. Veía las largas filas de ataúdes

blancos que cada día entraban vacíos y salían llenos del campo de Argelès; veía, junto a este espantoso desastre de hoy, precediéndolo y anunciándolo, el nuestro. Mi corazón sangraba todavía y la sangre fluía a mi frente y a mis mejillas. Me erguí en toda mi estatura y contesté sarcásticamente al oficial francés:

— ¿ Nombres ? ? Quieren ustedes que les dé nombres para localizar a nuestros anti-tanquistas y a nuestros dinamiteros ? Los tienen ustedes en las compañías de trabajadores y en los campos de concentración. A muchos los han dejado ustedes morir gangrenados sobre las arenas de Argelès, del Barcarès, en Bram, en Gurs. O los tienen ustedes presos en Collioure o en Vernet. O los han metido ustedes en trenes y, contra su voluntad, los han llevado a la frontera española, entregándolos a Franco, llevándoles a una muerte cierta. ¡ Y ahora, cuando ya los alemanes están aquí, cuando están ustedes desbordados por el peligro, piensan ustedes en nosotros ! Tenían ustedes por miles los especialistas en industrias de guerra, los técnicos para la fabricación de aviones, para la carga de explosivos. A miles, el factor humano heroico y entusiasta, qué, libre, se hubiera volcado en Francia, continuando contra Hitler la guerra comenzada en España. Con su trato, han hecho ustedes de estos hombres, si no elementos hostiles, por lo menos indiferentes. ¿ Y qué quiere usted que haga yo ?

El militar me miraba en silencio, más pálido todavía de lo que estaba. Notaba yo el temblor de sus labios y su lucha interior, entre su orgullo de casta sublevado por la violencia de mis palabras, y la razón que estaba obligado a reconocer en ellas. Al cabo, dijo, con voz breve :

— No es este el momento de recordar estas cosas. La situación es grave. Si los alemanes ganan la guerra, están ustedes tan perdidos como nosotros. Es preciso ensayarlo todo, con tal de ganar días. Entre sus compañeros se encontrarán elementos conscientes de la situación y que no se negarán a ayudarnos. Pónganos usted en contacto con algunos.

Yo hice un gesto de impotencia :

— ¿ Pero no comprende usted que esto es casi imposible ? — exclamé — No hay tiempo material para ello. Antes no los habrán localizado ustedes; no los habrán traído a París; no habrán organizado los batallones, los alemanes ya estarán aquí.

— ¡ Es usted optimista ! — murmuró el oficial francés, un poco humiliado.

— ¡ Al paso que van ! ! No encuentran frente delante suyo ! Desde Bruselas no hacen más que avanzar, casi sin hallar resistencia. Debían ustedes haber pensado antes en lo que hoy me proponen.

— Si, es cierto. Pero yo no podia hacer nada sin tener órdenes.

Nos despedimos, prometiendo yo traerle algunos nombres al dia siguiente. En lugar de ello, por temor a que luego esas listas pudiesen costar caras a nuestros amigos, los puse en contacto con un compañero, que habia actuado en las brigadas anti-tanquistas, gallego él y que luego se apartó de nuestro movimiento, colocándose en la escisión. Pero con todo esto los acontecimientos se precipitaron y empezó en Paris la desbandada, no habiendo tiempo, como yo suponía, de organizar nada.

II

Nosotros, como siempre, empezamos a pensar en ponernos en salvo cuando ya no habia casi manera de salvarnos. El 9 de junio llegué al S. E. R. E. y me encontré con que todo estaba cerrado. Me fuí al boulevard Haussman, donde estaban las oficinas particulares de Mendez Aspe, y allí me dijeron que este, Negrin y « son entourage » habian salido rumbo a Burdeos. La J. A. R. E. estaba también cerrada. Las estaciones ne podian contener los millares de personas que evacuaban la capital, a la que, sin embargo, se respetó, al declararla « villa abierta ».

Jamás he visto un espectáculo de parecido pánico. Presencí y me confundí en la evacuación de Barcelona. Ví la retirada de nuestros ejércitos, el espectáculo de nuestra debâcle; los dias alucinantes que precedieron a la entrada de Franco en Barcelona y a la llegada de las fuerzas nacionalistas hasta la frontera francesa. Todo quedaba pálido, comparado con la enormidad del desastre y del desconcierto que estábamos presenciando.

Y nuestra situación particular no podia tampoco ser más crítica ni más desastrosa. Llevamos a la estación, facturándolas rumbo a Périgueux, hacia donde habia salido dos dias antes mi compañero en misión orgánica, unas maletas de ropa, que nunca más volvimos a ver.

Un compañero chauffeur se agenció un coche y se ofreció a llevarnos con él fuera de Paris, hasta una población donde fuese posible coger un tren o agregarnos a alguna caravana de evacuados para ir alejándonos del teatro de la guerra, de los alemanes y del peligro.

Y así salimos de Combs-la-Ville, donde habitábamos, mi padre, la madre de mi compañero, mis dos hijos, una abnegada compañera que con nosotros vivía, y yo.

Lo que fué nuestro viaje, amontonados todos dentro de una pequeña Simca, saltando sobre las rutas de cuarto orden y los caminos vecinales, que nos veíamos obligados a tomar, evitando las grandes carreteras, invadidas por los camiones de intendencia, la artillería que se retiraba « para hacer frente en el Loire », según decían, las ambulancias, las largas columnas de soldados, sucios, hambrientos — había quien durante cuatro días no recibió ni un pedazo de pan — no es para descrito. Por los caminos, por los campos, alocada, huía la gente. Los campesinos abandonaban sus viviendas, ocupadas durante generaciones, y marchaban al azar, en carretas de bueyes, en bicicleta, empujando cochecitos de criatura, de todas las maneras. Huían.

Huían de los alemanes, de los bombardeos. Huían enloquecidos, abandonando las cosechas, las bestias, dejándolo todo, impulsados únicamente por el instinto de conservación. Se oía sonar el cañon cada vez más cerca. Los alemanes, antes de entrar en París, lo cercaron. Pasamos por Fontainebleau, y los cañonazos se oían más próximos que cuando nos hallábamos a las puertas de París.

Las horas que empleamos para ir de Combs-la-Ville hasta Némours, no pueden calcularse. Salimos por la mañana y llegamos por la noche. Varias veces tuvimos que pararnos, esperando que pasasen largos, interminables convoyes militares.

En Némours, nuestro conductor nos dejó diciéndonos :

— Si encontráis manera de seguir adelante, marchad. De todas formas yo volveré aquí, con mi familia. Si os encontramos, seguiremos la ruta juntos.

Fuimos a la estación : ya no pasaban trenes en proveniencia de París. Centenares de personas estaban en el andén, esperando todavía un convoy de mercancías, o un tren militar que pudiese cogerles.

Yo contemplé mi mundo : dos viejos y dos niños y solo dos mujeres hábiles — Teodora y yo — y pensé :

— Nada a hacer aquí. Aunque pasase un tren, jamás podremos cogerlo nosotros. En momentos así, no hay piedad y ganan siempre los más ágiles y los más fuertes.

Tristemente, volvimos atrás, arrastrando nuestras maletas, llevando a mi suegra del brazo, Teodora conduciendo a mi padre y los niños siguiéndonos, cogiditos de las manos.

III

Buscamos lugar donde pasar la noche. El compañero que nos condujera nos había dejado frente a una modesta fonda, donde

dijo que volvería a pasar, a recogernos, en unión de su compañera y de su hijo, si no habíamos encontrado manera de salir de Némours.

Pedimos dos habitaciones y cena, que nos dieron muy amablemente. La patrona, una mujer inteligente y simpática, que se apiadó de nosotros, fué luego realmente nuestra providencia. No recuerdo su nombre; sin embargo, su imagen y la bondad que para nosotros tuvo no los olvidaré nunca.

¡ Qué noche pasamos, qué noche ! Ni Teodora, ni la abuela, ni yo, conseguimos dormir ni un instante. Se oía constantemente tronar el cañon; ni un momento cesó el paso de fuerzas, de convoyes, de tanques, de artillería en retirada. La gente estaba silenciosa, preocupada. Durante tres días, por Némours había ido pasando el río de fugitivos, que desde París y desde más lejos, se iba adentrando hacia el medio día y el sur de Francia. La noticia que allí también corría, de boca en boca :

— Van a hacer línea en el Loire — no era tranquilizadora para nosotros, pues hacia de Némours centro de la contienda y campo de operaciones.

A la mañana siguiente, de muy buena mañana, la patrona subió a vernos :

— Nosotros vamos a marcharnos — nos dijo en voz baja y lenta —. Deben ustedes marchar también. Si hacen línea en el Loire, esto va a ser barrido por la artillería.

— ¡ Pero a donde iremos ! ! Si hubiese manera de encontrar un coche, un vehículo, no importa de qué clase !

— No sueñe usted en ello. Nosotros marchamos en una pequeña camioneta donde no cabemos ya todos los que intentamos evacuar con ella. Pero en el canal hay unas *péniches* — chalupas — que han sido requisadas por el Comité de Evacuación que se ha constituido en Némours. Vayan ustedes en seguida y encontrarán todavía sitio. A lo largo del Loing pueden ustedes llegar hasta Montargis, y allí encontrarán manera de seguir más adelante. La cuestión es salir ahora de Némours, antes de que empiecen los bombardeos.

Vestimos precipitadamente a los niños, los únicos que, en su inocencia, habían dormido, llamamos a mi padre, que había vuelto un poco a la infancia y no se daba cuenta cabal de lo que estaba pasando, y otra vez en marcha nuestra triste caravana.

Llegamos al borde del canal, donde, en efecto, había dos *péniches* que se preparaban para marchar, conduciendo evacuados. La una ya estaba llena; en la otra, en la segunda, aún pudimos introducirnos.

Para dar una idea de nuestro cuadro, explicaré un poco lo que llevábamos : Tres maletas, una máquina de escribir portátil que llevaba siempre mi padre, un cesto con un poco de comida y un pequeño colchón que Teodora se metió en la cabeza llevarse y que realmente nos fué de gran utilidad en nuestra odisea. A este bagaje añadamos los dos viejos, las dos criaturas — Vida tenía seis años, Germinal no había cumplido los dos — y Teodora y yo, sobre las que recaía toda la responsabilidad de las decisiones y todo el peso del equipaje.

Bajamos al fondo de la péniche, con las dificultadas que son de suponer por parte de los dos ancianos. Y cuando ya estábamos instalados en un rincón, nos reunieron a todos. Había centenares de personas por evacuar y se establecieron tres categorías de evacuables : primero, los de Némours, después los franceses afluídos a la ciudad de otras localidades; en último lugar, los extranjeros. Inmediatamente fuimos señalados nosotros.

— Ahí hay una familia que no es francesa.

— ¡ Qué bajen ! ! Qué se arreglen ! Primero somos los franceses.

El que traía las órdenes y las listas de evacuables de Némours, desde lo alto de la escalerilla, nos miraba y nos hacía señal de remontar.

Mé adelanté, sola, pálida. Y con voz en la que temblaban la rabia, el dolor, la indignación, no sé lo que les dije. Les dije nuestra condición de españoles; mi condición personal de mujer más en peligro que cuantos allí había; lo que había hecho el pueblo español, para evitar esa tragedia que estaban ellos viviendo; les mostré el cuadro de viejos y de niños que arrojaban ellos de su seno; les apostrofé; les hice ver lo vil y cobarde de su actitud insolidaria. Les dije cosas muy duras, que quizá no hubiera debido decirles.

Un silencio de muerte acogió mis palabras. Al cabo lo rompió un hombre — un obrero de Aubervilliers, según me dijo luego — exclamando :

— Tiene razón. No seríamos franceses ni hombres de corazón si no les cedíamos un sitio junto a nosotros. Ellos han pasado ya por lo que nosotros estamos pasando y han combatido antes que nosotros a nuestro mismo enemigo.

IV

Ganada esta primera batalla, esperamos ganar la otra, la más importante : la batalla contra la muerte.

Las horas pasaban, y la peniche no se ponía en marcha. Cerca del mediodía partió la primera. Al cabo de una hora, se dió la orden de salida de la nuestra. Oíamos sonar constantemente los cañonazos, cada vez más cerca.

El Loing desciente dulcemente entre parajes de maravillosa belleza. A un lado, la carretera; al otro, la línea férrea. Y una bóveda de verdura, de árboles copudos, cubiertos de yedra y de madreSelvas.

Ese II de junio de memorable recuerdo, era un día espléndido, uno de esos días de primavera en el centro de Francia, en que el aire es tan dulce, el cielo tan claro, el sol tan bello; en que los pulmones se dilatan y todo el cuerpo se abandona a la alegría de vivir.

No podíamos apreciar nosotros las bellezas del paisaje y de la jornada. La angustia que nos dominaba era demasiado grande y el espectáculo que nuestros ojos presenciaban desde lo alto de la péniche, nos recordaba con exceso el terrible momento que vivíamos. La carretera que corría paralela al canal nos ofrecía un desfile continuado, incesante, de fugitivos, civiles y soldados revueltos. Muchos de estos últimos desertaban ya, tirando las armas y deslizándose furtivamente entre la población civil en desbandada.

Nuestra péniche avanzaba por el Loing con lentitud de tortuga. El paso por cada esclusa suponía 25 minutos de espera. ¡ Y hasta Montargis hay creo 44 esclusas !

Hacia una hora que nos deslizábamos Loing abajo y habíamos pasado dos esclusas a lo sumo, cuando la péniche se detuvo y la vimos acostarse a la tierra. Preguntamos :

— ¿ Qué pasa ?

Uno de los tripulantes nos dijo :

— Hemos de dar paso libre a un convoy de péniches que evacúan material de guerra.

— ¿ Y cuántas horas de espera supone el paso de ese convoy ?

El hombre abrió los brazos en signo de ignorancia :

— ¡ Qué se yo ! Quizá todo el día.

La desmoralización comenzó a cundir entre los que estaban con nosotros.

— ¡ Llegarán los alemanes y nos encontrarán todavía aquí ! — decían los unos.

— Esto está hecho adrede. Es para que muramos todos, víctimas de un bombardeo — exclamaban otros.

— Si baja material de guerra por el Loing, la aviación ene-

miga volará sobre el canal y nos ametrallará.

El pánico empezó a apoderarse de la gente. Unos tras otros, todo el mundo fué remontando, saltando a tierra; la mayor parte cargaron sus ajuares sobre sus hombros, abandonando lo que no podían llevar, y se marcharon carretera adelante.

Yo hice subir a los niños y a los viejos a cubierta y permanecí largo rato reflexionando. Quedábamos ya muy pocos sobre la péniche.

— ¿ Qué haremos ? — le pregunté a Teodora.

— ¿ Qué podemos hacer ? ? A donde quieres ir con ellos ?

¡ Qué horas, qué horribles horas fueron aquellas ! No sé como mis cabellos no emblanquecieron completamente en el curso de aquel terrible día.

Todos nuestros víveres consistían en unas cuantas galletas que reservábamos para los niños, en algún huevo duro, en un pedazo de carne asada. Mi padre, como una criatura, reclamaba patatas hervidas. El niño pedía leche. La abuela, Teodora, yo y la niña, precozmente despierta y reflexiva, consciente de la catástrofe, callábamos, sosteniéndonos las unas a las otras.

Cogí a mi hijita sobre las rodillas y le dije :

— Vida, hija mía, tú tienes que ayudarnos. Ya ves lo que nos ha pasado porque no somos franceses; por poco nos hacen bajar de esta péniche. Tú tienes que hablar siempre en francés, tú que lo hablas como una niña francesa. Y tienes que ayudar a mamá a salir de esta péniche, a encontrar manera de trasladarnos a otra.

La niña me miraba en silencio, comprendiendo. Era una criatura sorprendentemente serena y animosa, a la que nunca había visto antes ni ví después sujeta a esos terrores infantiles tan frecuentes entre las criaturas. Durante los terribles bombardeos de Barcelona en 1937 y 1938 — tenía ella entonces cuatro y cinco años — cogía de la mano a mi padre, lo acompañaba al refugio, animándole y diciéndole con su vocecita :

— ¡ No tinguis po, avi, no tinguis po ! (No tengas miedo, abuelo, no tengas miedo !).

Simplemente, me dijo :

— Si, mamá, haré lo que tu digas.

Y cogiendo a su hermanito empezó a charlar con él en francés, elevando la voz, deliberadamente.

V

Un plan loco, disparatado, peligroso, pero el único posible, empezó a gestarse en mi cabeza.

Comenzaron a desfilar las péniches que conducían el material de guerra. Iban pasando lentamente, rozando la nuestra. Yo pensaba : ¿ Y si saltásemos de esta a una de ellas ?

Cuando ya habían pasado siete u ocho, cogí a mi hijo en brazos y con la niña a mi lado, grité al patrón de la novena, que iba avanzando hacia nosotros :

— ¿ No podríamos cambiar de peniche ?

— ¡ Pobre mujer, está usted loca ! ¿ No vé usted que vamos cargados de explosivos y que, si una bomba cae sobre la barca, volaremos como yesca ?

— ¿ Cuantas péniches quedan a pasar ?

— ¡ Yo que sé ! Quizá una veintena.

— ¿ Y la nuestra tendrá que ir detrás de las suyas ?

— ¡ Qué remedio !

Le dije a la niña :

— Pídele que nos deje pasar a su peniche.

La niña le gritó :

— ¡ Déjenos pasar a su peniche !

El hombre nos contempló un instante, y al cabo dijo :

— Por mi, si queréis, hacedlo. Pero no puedo pararme. Tenéis que saltar en marcha. Iré lo mas lentamente posible.

La niña corrió a Teodora y los abuelos y les gritó :

— ¡ Pronto, pronto, saltemos a la peniche que pasa !

Y saltó la abuela primero, que apenas podía levantar los pies. Saltó mi padre, con una pierna semi-paralizada después del primer ataque de apoplejia que había tenido aquel invierno. Salté yo con mi hijo en brazos. Saltó la niña.

Y Teodora, que iba pasando las maletas y los víveres, en el último momento se dió cuenta de que se había dejado abajo el famoso colchón. Y bajó a buscarlo como un rayo, lo tiró de una barca a la otra y saltó también cuando la proa y la popa de las dos peniches estaban ya separadas por más de un metro.

En la peniche se encontraba, en la parte de proa, un grupo de evacuados; dos o tres familias y dos señoras ancianas, con aspecto de solteronas. Dije a la niña :

— A todos los que pregunten, díles que somos de Perpignan.

Las dos viejas se aproximaron en seguida a nosotros, haciéndonos preguntas. Mi respuesta fué, previendo ulteriores con-

tingencias : Qué éramos catalanes, de la Cataluña francesa. Que vivíamos en París; que mi marido estaba movilizado « quelque part dans les fronts » y que evacuábamos hacia el interior de Francia, como todo el mundo. Lo creyeron, porque no tenían ninguna razón para no creerlo.

Y empezó el lento, el interminable descenso. Cada vez se hacía más difícil porque ahora teníamos que pasar los puentes y las esclusas minados por la dinamita. Cuando nuestro convoy y otro que tras nosotros venía hubiesen pasado, iban a ser volados puentes y esclusas. Destrucción inútil : los alemanes en una hora establecían un puente provisional sobre no importa qué canal o río mediano.

Todas nuestras miradas se dirigían al cielo. Hasta la tarde no aparecieron los aviones. Debían ser las tres, cuando apareció el primer vuelo de cazas, que volaron muy bajo sobre nosotros, ametrallando las peniches. Nosotros nos echamos vientre contra tierra, cubriendo nuestras cabezas con el colchón de Teodora.

El patrón, cerca del que nos habíamos colocado, nos dijo :

— Eso no es nada. Ahora han localizado el convoy. Dentro de un rato vendrán los aviones de bombardeo.

He visto pocos tan serenos, tan enérgicos y de fondo tan noble y tan bueno como este hombre. Era un rudo marinero, envejecido en la navegación fluvial, de semblante atezado y rudo, de pocas palabras. Pero se desprendía de él una tal autoridad moral, una sensación potente de robusto sentido práctico y de tranquilo y simple heroísmo, que mis ojos estaban fijos en su semblante, atentos al menor signo suyo, para obedecer ciegamente.

Acostó la peniche a tierra, tendió un madero y ordenó brevemente :

— ¡ Todo el mundo a tierra !

Las viejas pedían explicaciones.

— Qué nadie pregunte nada. A obedecer y a callar. Y si hay protestas, nadie subirá de nuevo en la peniche.

Bajamos todos, pasando viejos y niños por el estrecho madero. Yo le pregunté a él :

— ¿ Y vos ?

— Yo no quiero abandonar mi barca. Hace treinta años que voy con ella — me dijo simplemente.

¡ Bravo, magnífico obrero ! ! Como admiraba a ese hombre, anónimo y oscuro, solo y en pie en el timón de su peniche, esperando que los aviones llegasen !.

Nosotros nos escondimos en unas anfractuosidades del terre-

no, y estrechando a mis hijos contra mi pecho, pensando que llegaba nuestra última hora, despidiéndome mentalmente de la vida, de todos y de todo lo que amaba, esperé resignadamente la muerte.

La abuela exclamaba :

— ¡ Pobre hijo mio ! ! Ya no volveré a verte más !

Los niños no lloraban. Germi, estrechado contra mi, y Vida, acurrucada entre mis piernas, miraban y callaban, sobrecogidos. Mi padre, como alelado, exclamaba :

— ¿ Pero qué pasa ? ? Por qué hemos bajado de la péniche ?

Llegaron los aviones. Fué un minuto terrible, inenarrable. Fué como el deslumbramiento del rayo y la sacudida del temblor de tierra. Jamás habia visto caer tan cerca una bomba ni me habia sentido tan poca cosa, un punto tan diminuto, perdido en el espacio. Volvimos a nosotros palpándonos y preguntándonos los unos a los otros :

— ¿ Estáis vivos todavía ? ? No os ha pasado nada ?

Estábamos vivos, si, cubiertos de tierra, castañateando de dientes, presa del más terrible terror físico de nuestra vida, ¡ Pero estábamos vivos !...

Y, cosa mas maravillosa todavía, las péniches no habian volado; las peniches estaban intactas. Y el patrón pálido, pero en pie, en el puente de la suya, nos decia simplemente :

— Los que quieran continuar el viaje pueden volver a subir.

La abuela exclamaba :

— ¡ Vamos a morir en el fondo de este canal y nadie sabrá nunca más de nosotros !

Yo le dije tristemente :

— ¿ Quiere usted o no reunirse con su hijo ?

— ¡ Claro que quiero !

— Pues es este el único procedimiento. Y hemos de intentarlo, pase lo que pase y cueste lo que cueste.

Volvimos a subir; la peniche reanudó la marcha. Las bombas, por fortuna no de gran potencia, habian caido a los lados del canal, en la carretera o en la vida férrea. Una sola que hubiese caido en el agua, hubiera provocado incendios, voladuras, y la obstrucción de la via fluvial.

Continuamos el viaje. El niño no queria comer nada, reclamando leche. Y durante la detención delante de una esclusa, esperando el paso de las primeras péniches, Teodora, con su intrepidez habitual, saltó a tierra, diciendo :

— Voy a ver si encuentro leche.

El patrón me dijo :

— Lo que hace esa mujer es muy peligroso. Los puentes están minados. No dejan pasar a nadie por encima de ellos. Si le dan el alto y no se para, tirarán sin compasión sobre ella.

Yo le gritaba :

— ¡ Teodora, Teodora ! ! Vuelve a la peniche ! ! No quiero que te vayas !

Ella me tranquilizaba con la mano, corriendo hacia una casa de campo que se veía al otro lado de la carretera.

El tiempo pasaba. La habíamos perdido de vista. Las péniches iban desfilado. Pasaba ya la nuestra la esclusa. Y Teodora no volvía. Yo sentía la angustia desgarrarme el pecho.

— ¡ Oh, y Teodora, Teodora que no vuelve !

¡ Qué iba a ser de nosotros, si perdíamos la única compañía hábil que me quedaba !

Al fin apareció, corriendo, con una botella de leche en la mano.

Como pasó el puente, entre los gritos de los soldados que guardaban las cargas de dinamita, como del puente saltó sobre la péniche, cual un acróbata, no sabría explicarlo.

Al verme con lágrimas en los ojos, al oirme exclamar :

— ¡ Oh, Teodora, Teodora, qué susto me has dado ! — ella se echó a reír diciendo :

— Pero ¿ por qué ? ¡ Si no tenía que pasarme nada !

El gozo con que el pobre Germi se bebió un gran vaso de leche todavía tibia, fué el mejor premio de su heroísmo y de nuestra angustia.

VI

A las seis se produjo el segundo ataque.

No prevenidos por el paso de los cazas, los aviones se presentaron sobre nosotros sin casi dar tiempo a nada.

El patrón acostó la péniche, y tendió el madero velozmente. Pero la gente, alocada, se tiró literalmente de la barca. Los marineros cogieron en brazos a los niños, entre dos levantaron a mi padre y lo pasaron a tierra.

Pero el ataque fué tan brusco, que solo tuvimos tiempo de echarnos al suelo, escapando todos en todas las direcciones. Yo, abrazada a mis hijos, a los que cubria con mi cuerpo, una vez más esperé la muerte.

Otra vez el ruido horrísono, el temblor de la tierra, la sensación de aniquilamiento. Duraba un momento, un minuto quizá, pero que daba la medida de la eternidad.

Cuando me incorporé y busqué con la vista a los míos, la primera cosa que mis ojos vieron fué a mi padre, paseándose bajo las bombas, semi-inconsciente, con la máquina de escribir en la mano. Esta máquina, con la que hizo veinte kilómetros de marcha por los Pirineos, milagrosamente salvada de muchas peripecias posteriores es todavía la máquina con que escribo esta narración.

La gente, horrorizada, gritaba :

— *Il est fou, il est fou !* (¡ Está loco, está loco !).

Teodora corrió a él, le cogió por el brazo y le hizo ocultarse en una desigualdad del terreno.

Este bombardeo hizo más daño que el otro. Varias peniches de las que nos seguían fueron tocadas; hubo muertos y heridos entre la tripulación y los evacuados — pocos o muchos — que todas llevaban.

La abuela, sentada en el suelo, pálida como una muerta, levantó la mirada hacia mi y me dijo :

— Si queréis continuar el viaje, continuadlo sin mi. Yo me quedo.

— ¿ Se queda usted ? ? Y dónde quiere usted quedarse ? ? No vé que todo el mundo marcha ? En barca, en bicicleta, o a pie. No encontrará ni una casa donde acogerse.

— Me quedaré aquí y esperaré la muerte. Pero no quiero morir dentro del agua.

Era para ella como una especie de obsesión.

— Piense que si nos quedamos, renunciamos definitivamente a reunirnos con su hijo.

— Idos vosotros si queréis... Yo ya no puedo más. Prefiero morir.

El patrón, que estaba de nuevo en el timón de la péniche, preparando la marcha, nos gritó :

— ¿ Suben ustedes ?

Yo vacilé un momento. Pensé que no podía dejar sola a la pobre anciana, aunque aquella decisión entrañaba para nosotros el renunciar de manera definitiva a escapar a los alemanes; sig-

nificaba para mi posibles y grandes peligros dada mi personalidad, en exceso conocida de españoles y de franceses. Le grité al patrón :

— Marchen ustedes sin nosotros. Nos quedamos.

Nos hizo un gesto con la mano y la péniche se alejó lentamente.

Vencida por la emoción, con el sistema nervioso destrozado por las impresiones, tuve un momento de abandono moral. Sentada en el suelo, con mi hijito en brazos y la cabeza apoyada sobre el pecho de la niña, en pie a mi lado, empecé a llorar silenciosamente. Siempre recordaré este instante de mi vida, de supremo e indecible dramatismo.

Desee morir, con un anhelo profundo de paz y de reposo, como una evasión de la horrible pesadilla que estábamos viviendo. Al verme llorar, los niños me miraban angustiosamente. ¡ Oh, esa mirada honda, seria, reconcentrada, de *hombre ya*, con que me contemplaba mi hijo, levantando hacia mi su linda cabecita ! Vida me pasaba dulcemente, con gestos torpes y tiernos, la manita por el pelo, murmurando con vez llorosa :

— ¡ No llores, mamá, no llores !

Fué un momento. De nuevo mi alma animosa, mi indomable voluntad, la energía de mi carácter combativo, que nunca se da por vencido, se sobre pusieron. Enjugué mis lágrimas, avergonzada del espectáculo que habia dado a mis hijos. Por ellos y por los dos pobres viejos que solo en mi contaban y solo a mi tenian, debia aguzar mi ingenio, disponer mis fuerzas, sobreponerme a todo.

Teodora, para darme ánimos, se reía, diciendo :

— ¡ Ahora que ya le habia tomado gusto a la navegación, porque la abuela no quiere morir en el agua tenemos que quedarnos en tierra !

Yo le dije :

— Lo primero que debemos hacer es buscar sitio donde dormir. Y lo segundo empezar, ahora mismo, a quemar cuantos papeles comprometedores llevamos encima, empezando por nuestras propias piezas de identidad. En momentos así, vale más no tener nada, que poseer documentos que nos identifiquen peligrosamente.

Para poner en práctica la segunda parte de nuestra tarea, teniamos un obstáculo : la presencia de las dos viejas, que, tan aterradas como la abuela, habian renunciado así mismo a la péniche y se iban arrimando a nosotras, en busca de compañía, movidas por el mismo instinto que agrupa a los rebaños. Teodora yo nos mirábamos y ella decia :

La mujer se hizo más asequible.

— Bueno, si se avienen ustedes a marchar cuando yo marche, les dejaré pasar la noche aquí. Siempre serán una compañía para mí.

— Vamos a buscar a los viejos.

Corriendo, alegres, porque, por el momento, teníamos techo bajo el cual abrigarnos, fuimos en busca de Germi y los ancianos. Cargamos con todo, y a la casa del gato, como bautizamos luego a nuestra residencia de una noche.

Las viejas de Saint-Ouen vinieron con nosotros. Inmediatamente explicaron a nuestro anfitrión su modesto drama y, al encontrarse confundidas en el amor común a los gatos — ellas también habían dejado uno abandonado — la simpatía más ferviente se estableció entre las tres.

Lo más cortésmente posible — no podía, con toda decencia, burlarme de una persona, que, bien o mal, nos daba techo bajo el cual acogernos — le dije :

— Pero, señora, ¿ por qué tiene usted que matar a ese pobre animal ?

Era un galito negro, absolutamente insignificante, como hay, ha habido y habrá millones y millones en el mundo.

Desolada, no comprendiendo la ligereza de mis palabras, la dama prorrumpió :

— Pero, ¿ no comprende, no comprende usted, señora ? No puedo llevármelo, exponiéndole a todas las penalidades y peligros que me esperan a mí. Si lo dejo vivo, se morirá de hambre, o los alemanes lo matarán y se lo comerán. Lo más humano es matarlo. Pero no tengo, no tengo valor. Tres veces he intentado echarlo al lavadero. ¡ Pero me mira con ojos tan dulces y tan tiernos !

— No lo mate usted. Dejele usted correr su suerte. Quizá vivirá. Dicen que hay un Dios para los niños y para los animales. A lo mejor ese Dios le protege y no le pasa nada. ¿ Ha pensado usted en si tenía derecho a matarlo ?

La decía estas cosas muy seriamente, poniéndome a su nivel, como si en el mundo no existiese, en aquel momento, problema más árduo que esa cuestión metafísica del destino, del alma y del dios de un gato. Mentalmente me decía :

— Esta mujer es el símbolo de la Francia de hoy. Mientras los más terribles peligros la amenazan; mientras cubre sus ciudades y sus campos el ejército vencedor de su enemigo tradicional; mientras todas sus libertades y sus derechos como pueblo y como hombres van a ser reducidos a la nada, hélos aquí,

absorbidos por la cuestión peliaguda de si hay que matar o no a un gato.

Quizá era injusta. Tipos así, como el de esa mujer, se encuentran en todos los países y en todos los momentos de la historia. Existieron en los días del Terror, durante la Gran Revolución; en la guerra del 14, y existían entonces. Existieron en Rusia, en Alemania y en España. Son esa suma — harto considerable — de conciencias impermeables a las grandes catástrofes colectivas y que viven en su mundo reducido, de limitado horizonte, como las bestias y los niños.

Mis palabras abrieron ante « la dama del gato » una perspectiva nueva :

— Quizá tiene usted razón. Quizá no tengo derecho a matarlo. ¡ Quién sabe ! Quizá vivirá, y si vivo yo también, y volvemos a esta casa, tendré la gran alegría de encontrarle.

— Ponga su suerte en manos de Dios. El sabra lo que se hace.

— ¡ Oh, si, si ! Tiene usted razón.

Gracias a esa idea salvadora mía, tuvimos una velada tranquila; la dama se entregó a su ternura por el gato y, en pago de mi intervención conciliadora, puso a hervir una olla de patatas « à la robe de chambre » — traducido al buen español, con piel y todo — con las que nos obsequió generosamente.

Yo le pedí un jarro y me marché, en busca de leche, apesar de que ella me decía :

— No encontrará usted a nadie. Todo el mundo se ha marchado ya.

VIII

Sali en dirección del Petit Néronville, atravesando pequeños puentes transversales. Por medio de esclusas laterales, el Loing se derrama hacia ambos lados, y riega todas las tierras que lo circundan. Esa agua bendice muchas hectáreas de tierra, haciendo de ese paraje un jardín. Las hortalizas crecen espléndidas y son la gran reserva que llena el vientre gigastesco de Paris.

En camiones, todas las frutas frescas o convertidas en conservas ganan la capital.

Pero en ese día todo estaba abandonado. Ni un alma por los campos ni por las callejas del Petit Néronville, que yo iba recorriendo.

Al fin, ví a un viejo que atravesaba una callejuela llevando un mulo del ronزال :

— ¡ Eh, buen hombre ! — le grité — ¿ Sabe usted donde podría encontrar un poco de leche ?

Se detuvo y esperó que me acercase.

— ¿ De donde sale usted ? — me dijo — Usted no es de Néronville.

— No. Venimos de Paris. Bajábamos por el canal en una pé- niche, esperando llegar a Montargis. Pero hemos sido atacados dos veces por los aviones alemanes y hemos decidido apearnos y quedarnos aquí. Tengo un niño que aún no ha cumplido dos años y una niña de seis. Necesitaria un poco de leche para ellos.

El hombre — un viejo de una setentena de años, pero fuerte todavía, uno de esos ejemplares de campesinos franceses, robustos y animosos, de espíritu alegre, que entretiene el vinillo ligero y generoso — me miró con lástima y me dijo :

— Venga usted conmigo.

Le seguí y me llevó a una casa en las afueras del pueblo.

En la puerta le esperaba una viejecita de blancos cabellos y semblante sonrosado.

¡ Cómo les veo todavía ! Toscos, sencillos, pegados a su tierra, a su casita, que no quisieron abandonar. Pero en el fondo buenos, generosos, profundamente « pueblo », con lo que esta palabra entraña de virtudes elementales y de instinto solidario.

El marido explicó a la mujer lo que yo había acabado de contarles :

— ¡ Pobres, pobres ! Les daré tanta leche como quieran. He recogido todas las vacas dejadas sueltas y abandonadas por el pueblo. Venga, venga usted, señora... ¿ Como se llama usted ? Yo me llamo Léa... Léa Delpuech. Mi marido se llama Augusto Delpuech.

— Yo me llamo Fanny... Fanny Germain.

Instantáneamente, realizando con rapidez el uso que mañana podría hacer de este nombre nacido de manera casi espontánea, inventé el patronímico y el apellido que debían ser los míos durante esa larga y penosa aventura.

Léa me llenó el jarro de leche directamente de la teta de una vaca y me dijo :

— Si no tiene usted bastante, vuelva por más.

Mientras ordeñaba, me explicó lo que habían sido aquellos últimos días durante los cuales el ruido del cañon, que seguíamos oyendo distintamente, y las noticias que llegaban concer-

nientes al avance alemán, habían hecho huir de Néronville a todo el mundo.

— No quedamos en el pueblo más que dos familias : nosotros, y una maestra jubilada y su marido, que tampoco han querido marchar prefiriendo morir en nuestra casa, entre las cosas que nos pertenecen y que han rodeado nuestra vida, a correr el azar de un éxodo en el que también puede encontrarse la muerte en un bombardeo.

Melancólicamente, agregó :

— Viejos como somos, ¡ qué más da morir ahora o mañana ! A nadie tenemos en el mundo. Teníamos un hijo, y se nos murió cuando contaba 17 años.

¡ Pobre Léa ! Su semblante fino resplandecía bajo la aureola de sus cabellos blancos. Era una viejecita adorable, de carácter afectuoso y compasivo, que se encariño inexplicablemente conmigo en el curso de la convivencia que el azar nos impuso. Fué buena, discreta, llena de ternura para con mis pequeños, nada curiosa y preguntona. La evoco con emoción enternecida. Seguramente no leerá estas líneas, escritas en lengua extraña para ella. Han pasado nueve años y quizá ya ha muerto. Pero siento gratitud y placer al evocarla, al rendirle este homenaje de agradecimiento y de recuerdo.

No quiso cobrarme nada por la leche y yo marché gozosa con el jarro que representaba el alimento preferido de mi hijo.

Mientras buscaba un alma viviente en Néronville; conversaba con el matrimonio Delpéuch; ordeñaba Léa la vaca y regresaba hacia la casa del gafo, habían transcurrido bastantes minutos, quizá tres cuartos de hora, tiempo suficiente para alarmar a los míos. Iba avanzando yo por el paseo que bordea el canal, cuando ví a Teodora y a Vida que venían hacia mí. Al apercibirme, la niña echó a correr y se precipitó llorando sobre mí.

— ¡ Oh, mamá, oh, mamá ! Qué susto nos has dado ! ! Creíamos que te habías perdido, que ya no volveríamos a verte !

Dí la leche a Teodora y cogí a la niña entre mis brazos, enjugándola las lágrimas. Su cuerpecito temblaba como una hoja azotada por el viento, y sentí inmensa piedad por ella, tan animosa, pero que realizaba, quizá inconscientemente, la magnitud de nuestro desamparo. Para ella, en medio de los peligros y la soledad amenazadora que nos rodeaba, su madre era la única confianza, la única seguridad, el único refugio, el único puerto de salvación donde acogerse. Teodora me dijo :

— ¡ Tú sabes como se ha puesto ! Al ver que tardabas, ha



empezado a llorar, diciendo : Hemos perdido a mamá ! ! Mamá ya no volverá ! ! Ya no tendremos mamá !

— Mamá no se pierde nunca, Vida mia. No has de tener nunca miedo por mamá. Anda, ya estoy aquí, no llores más. — le decía yo, acariciándola.

Con la leche que traía y las patatas hervidas, hicimos una cena espléndida; sobre todo mi padre y Germi se sintieron felices. Cuando se trató de distribuirnos para dormir, la dama del gato nos dijo :

— Yo a las cinco voy a marchar y a las cuatro me levantaré, para tener tiempo de cerrar puertas y ventanas. Si quieren ustedes quedarse un poco más, duerman en la habitación del doméstico (pequeña pieza situada a la entrada del chalet y que se cerraba aparte). Les dejaré en ella, con el encargo de que la cierren y dejen la llave en sitio convenido.

Aceptamos, pues preferíamos estar más libres y dejar dormir a los niños una hora más. En aquel momento no teníamos plan alguno. Pensaba todavía en la posibilidad de emprender la marcha carretera adelante y de encontrar algún camión militar cuyo chófer se apiadase de nosotros y nos remolcase hasta Nevers. Las dos viejas de Saint-Ouen se desprendieron de nosotros, agregándose a la dueña de la casa. Dijeron que marcharían con ella a las cinco, no sé como, pues ella se proponía hacer el viaje hasta Nevers en bicicleta. Desde luego, nosotros las dejamos marchar y hasta que la casa estuvo silenciosa, apesar de que ni la abuela, ni Teodora ni yo dormimos ni un momento, no nos levantamos.

¡ Cómo dormir ! Toda la noche se oyeron los cañonazos; los vuelos de los aviones; el silencioso desfilarse de las péniches por el Loing. Yo pensaba, con cierta melancolía :

— Si no hubiese sido por la obstinación de la abuela, ya estaríamos en Montargis, a salvo quizá. Por la noche el convoy no habrá sido molestado.

Después supe que en Montargis, congestionado, con miles de fugitivos invadiéndolo, nos hubiéramos encontrado más desamparados que en Néronville.

IX

La primera cosa que hicimos al levantarnos, fué proceder a una minuciosa revisión de todos los papeles que llevábamos encima. Sacrifiqué, quemándolos, cartas y documentos que hu-

hiera deseado conservar. Destruí sin vacilación mi recepissé y cuanto tenía relación conmigo. Cosimos en el corsé de Teodora los papeles que determinaban las condiciones individuales del resto de la familia. La consigna era : Que nuestras documentaciones personales se habían perdido en el curso de los dos bombardeos sufridos por la péniche. Que éramos franceses de Perpignan y marchábamos hacia la Dordogne, a casa de un hermano de mi marido. El paradero de este lo ignorábamos — como era verdad, pues durante un mes y medio estuvimos absolutamente carentes de noticias de mi compañero y él de nosotros.

Una vez tomadas estas medidas de prudencia, aún intenté el último esfuerzo para escapar al avance alemán : Cargando nuestras maletas en una carretilla, de la que se encargó Teodora, poniéndome a Germi cabalgando sobre las espaldas y pidiendo un poster esfuerzo a mi padre y a mi madre política, intentamos emprender la marcha en dirección de Nevers. Pronto comprendí que mi idea no podía ser más disparatada, que los viejos no podrían hacer ni un kilómetro y que era un sueño esperar que alguien cargase con cuatro personas y dos niños. Pasaban camiones militares, abarrotados de soldados en cucullas, silenciosos, con los semblantes desencajados. Toda la visión alucinante de la débacle de Sedan, recogida por Zola en páginas inmortales, revivía ante nosotros. El cañon seguía oyéndose, pero por el Loing no bajaban péniches; seguramente quedó obstruido por algún bombardeo efectuado sobre otro convoy, a la altura de Némours o quizá antes de llegar allí.

A cada momento debíamos pararnos. Mi padre, en el estado de semi-inconsciencia que no debía abandonarle ya hasta su muerte, sin percatarse de los momentos que vivíamos, exclamaba :

— ¡ Pero donde vamos, Federica ? ? No ves que yo no puedo andar ? ? Por que no nos hemos quedado en esa casa donde hemos pasado la noche ? ? Es qué quieres matarme, hija mia ?

Me senté sobre una piedra, desesperada. De nuevo la voluntad de luchar me abandonó. Nuevamente deseé morir, con un anhelo ciego e irreflexivo de todo mi ser. ¡ Oh, qué cómodo es el suicidio en muchas ocasiones ! Se necesita mucho más valor para vivir, para encarnizarnos en la lucha contra la adversidad, para ir debatiéndonos silenciosamente con la vida, que no para suprimir en nosotros una existencia que muchas veces es la más pesada y absurda de las cargas.

Pero veía a mis hijos. ¡ Cuántas veces revivi los pensamientos que, en aquellos días ya azarosos del 38, me habían asaltado sobre sus cunas ! ¡ Cuántas veces, contemplando a mi hija dorada, feliz e inocente, senti que la sangre se helaba en mis venas,

preguntándome : Se salvará, nos salvaremos en la catástrofe que se acerca ? ¡Cuantas veces, estrechando entre mis brazos a mi hijo, pensé en el instante trágico de su venida al mundo, le pedí mentalmente perdón por haberlo traído a él en momentos de tan terrible inseguridad personal y colectiva !

Y una vez mas fueron ellos el resorte que me devolvió la voluntad, la energía, que me obligó a enfrentarme animosamente con las dificultades, que me forzo a batirme con ellas y a vencerlas..

Pero qué cuadro debíamos formar, cuando aparecimos ante los ojos de la maestra retirada de Néronville, para que, después de contemplarnos un instante, esta mujer nos dijera :

— Pero, ¿ a dónde van ustedes, desgraciados ? ? No comprende que es inútil que intenten huir ?

La carretera que lleva hacia Nevers vadea Néronville. La dama habia salido de su casa, dirigiéndose a un huertecito que cultivaban ella y su marido, y así nos encontró.

Fué también buena y compasiva con nosotros. Encarándose conmigo, me dijo en tono cordialmente imperativo :

— Sigame ustedes. Tengo las llaves de la casa que han dejado abandonada mis cuñados. Allí encontrarán ustedes camas, cocina, carbón, leña, conejos que corren sueltos por el huerto, guisantes tiernos, patatas, cuanto necesitan estas criaturas y estos viejos. Los otros huyen, sin saber lo que hacen. Quizá ustedes, quedándose, serán más prudentes y más afortunados que los demás.

Las palabras generosas de esa mujer eran la discreción misma. Pero ella ignoraba, ignoró siempre, quien era yo, los motivos personales que yo tenía de no desear ningún encuentro con los alemanes y la secuela que tras ellos vendría : la nube de policia española dedicada a la caza de rojos de marca en zona ocupada. Pero como no cabia ni el dialogo ni la resistencia contra el destino, una vez más confiando en el azar, en mi buena estrella, la seguí resueltamente, abandonando de forma definitiva toda idea de fuga y de viaje.

Después también supe cuán vano habria resultado mi afán. Aunque un camión nos hubiese llevado hasta Nevers, en Nevers hubiéramos encontrado a los alemanes, que, dejando Némours, Montargis, toda la zona intermedia en que nos hallábamos dentro de una gran bolsa, estaban ya muchos kilómetros más adelante que nosotros.

Difícilmente puede explicarse con palabras la sensación que nos produjo entrar en aquella casa amueblada, desierta, puesta toda a nuestra disposición. Una verdadera casa, con varias ca-

mas hechas, con buenos colchones de lana, con armarios abarrotados de ropa blanca; una casa abandonada como habian quedado en España abandonadas las nuestras. Los dueños eran unos negociantes al por mayor de gallinas y conejos, que compraban, mataban y llevaban muertos por centenares a Paris. Habia habitaciones enteramente llenas de pieles de conejo conservadas con naftalina. Una pieza, situada fuera de la casa, era utilizada como matadero de estos bichos. Por el aspecto de la vivienda, veíase que se trataba de gente acomodada. La maestra era hermana de la dueña — creo que se llamaban Dupeyroux, pero no estoy segura de la ortografía del apellido. Nos hizo entrega de la casa, diciendo sencillamente :

— No destruyan nada, pero hagan ustedes uso de cuanto necesiten. Estén tranquilos : la guerra se aleja de aquí. Los alemanes dejan esto a un lado y siguen hacia el interior.

— ¿ Qué noticias hay ?

— Desde ayer noche estamos sin luz y sin radio. Si Paris no ha caído ya poco tardará en caer...

Mirándome tristemente, la dama agregó :

— ¡ Qué vergüenza ! Los que vivimos los días del 14; los que, como mi marido, sobrevivieron a la epopeya del fuerte de Douamont, apenas si nos atrevemos a llamarnos franceses. ¿ Ustedes son italianos, probablemente ?

Decidida a no separarme de la línea de conducta que nos habíamos señalado, contesté vivamente :

— No señora : somos franceses, de la Cataluña francesa.

Y empecé a hilvanar la historia que tuve que ir redondeando laboriosamente a cada nuevo episodio. Mi marido era representante de comercio. Movilizado, no sabíamos nada de él desde hacia tres meses. Nosotros, habitantes en Paris, nos dirigíamos hacia Périgueux, donde vivía un hermano de mi marido, a refugiarnos allí, huyendo de la guerra. Pero como nos decidimos tarde — una mujer sin su marido, con dos criaturas, se encuentra desamparada — los acontecimientos se nos habian echado encima. Conté nuestra odisea de la peniche, con los dos bombardeos sufridos, las horas de terror que habíamos vivido.

— No piensen ustedes más en ello. Voy a dejarles instalados en su nueva casa. Estos niños están faltados de alimentos y de reposo.

¡ Cosa extraña ! Carente de toda preocupación, con suficiente cultura para no ser supersticiosa, he creído siempre *en mi buena estrella*. Y, pasados los instantes de desfallecimiento, lo que más me ha ayudado a recobrar me es mi confianza ciega *en que tengo que salir con bien de todo* : Más aún : en que, mientras

se hallen bajo la órbita de mi influencia afortunada, a mis hijos no tiene que pasarles nada; tienen que salir indemnes también de todo.

Y lo más singular del caso es que, en momentos en que han parecido cerrarse todas las puertas; en que el : *Lasciate ogni speranza* ! era el grito inevitable, ha surgido la solución inesperada, la ayuda salvadora, el feliz imprevisto. Además, aunque muy maltratada por la vida, que no me ha ahorrado dolores ni pruebas, no puedo tampoco maldecir de mi suerte. He encontrado muchas personas buenas y, lo que es más raro todavía, personas que, sin ser buenas, ni distinguirse quizá por sus conductas caballerescas, conmigo se han portado noblemente. Y en momentos en que mi pobreza, mi desamparo, los peligros que me rodeaban, excluían toda probabilidad de cobrarse el servicio.

X

Una vez tomada la resolución de quedarnos en Néronville, toda nuestra preocupación fué instalarnos y buscar alimento. Mientras Teodora preparaba las camas — nos distribuimos en tres piezas : el abuelo en una; Teodora, la abuela y la niña en otra; yo con Germi en la cama de matrimonio de los dueños — fuí al huerto en busca de comida.

Arranqué patatas, aún pequeñas y tiernas; cogí guisantes y luego, entre todos, dimos caza a un consejo. Encontramos botes de grasa en la alacena de la cocina, restos de queso, incluso una gran jarra de leche echada a perder. Volví a casa de Léa a buscar más leche fresca. Al saber que nos habíamos instalado en la residencia de los Dupeyroux, me propuso traer las tres vacas de la casa que había recogido. ¿ Qué hubiéramos hecho con ellas, si no sabíamos ordeñarlas ? Después, en los años a venir, aprendimos a cuidarlas, a extraerlas la leche y a hacer todo lo que en aquel momento aún ignosábamos. Le dije que las guardase hasta el regreso de los dueños, si es que, como era de esperar, regresaban algún día. Nos dió un cubo lleno de leche y nos dijo que únicamente nos traería una becerra de la casa, también recogida por ella y que ya no cabía en su establo.

Toda la población de Néronville, en aquellos días, la computamos los dos matrimonios de ancianos que se habían quedado, y nosotros, Pero pasaban constantemente grupos de soldados sin armas, cubiertos de harapos, hirsutos, fatigados. Nos pedían comida. ¡ Qué podíamos darles ! No teníamos pan. El nos faltó

completamente durante bastantes días. Yo corría a casa de Léa y entre las dos les reparábamos grandes vasos de leche. Así se consumió toda la producción lechera de las vacas de Néronville recogidas por ella.

La pobre mujer se cansaba de ordeñar. Había que vaciar a las vacas, que hubieran enfermado, de no extraerles la leche de las ubres. Por otra parte, esa leche era bendita, para aliviar a multitud de desgraciados que la guerra lanzaba como resaca a ese rincón de mundo.

Recuerdo, como algo inolvidable, la impresión de la primera noche pasada en Néronville. Un silencio de muerte nos rodeaba. Hasta el cañon parecía haber callado. Alrededor de las dos, una serie de explosiones escalonadas, primero más lejos, después más cerca, después muy cerca, de nuevo lejanas, nos levantó como resortes a Teodora y a mí.

— ¿Qué será esto ? — preguntó ella.

Yo murmuré :

— Los puentes sobre el Loing, seguramente.

Los niños dormían; mi padre también; la abuela, fatigada y vencida por las emociones, estaba como amodorrada.

No había luz eléctrica. Toda comunicación con el mundo estaba cortada. Solo silencio, soledad, desamparo total y absoluto. Pero en aquel instante, reduciendo al hoy inmediato toda perspectiva, me sentí feliz pensando que mis hijos estaban vivos, que dormían dichosos y tranquilos al abrigo, en un lecho bien blando. Mañana veríamos. Delante nuestro había muchas rutas que recorrer, muchos días a venir.

Nos levantábamos con el sol y nos acostábamos con las gallinas. Nuestra alimentación se componía de patatas y guisantes, algún huevo que nos daba Léa, de vez en cuando algún conejo y tanta leche como nuestros estómagos aceptaban. Germi, que siempre ha gustado mucho de ella, la bebía como agua : fría, caliente, de todas las maneras. Teodora se comía platos enteros de nata. Para la abuela, para la niña y para mí, nos faltaban el café y el azúcar, artículos preciosos y de los que carecíamos totalmente.

Y en aquellos días de rotura absoluta con el resto del mundo, ¿cuantos acontecimientos se produjeron ! La tragedia sin nombre de Dunquerque, donde el ejército inglés fué acorralado y diezmado por los alemanes; la invasión total de Francia; la dimisión de Lebrun; la salida de De Gaulle hacia Londres y la toma del poder por Pétain. La fuga de Negrin y de sus ministros en un barco de guerra inglés, y el nuevo éxodo de los refu-

giados españoles a través de Francia, huyendo de los alemanes, abandonados totalmente a su suerte.

Al tercer día de estancia en Néronville, me decidí a salir de expedición en dirección de los pueblos vecinos. Los nombres no los recuerdo. Cuando me resolví a llegar hasta Chateau-Landon ya habían transecurrido bastantes días y ya habíamos visto pasar el primer motorista alemán por la carretera.

Salía en busca de sal y de cerillas, por encargo y recomendación de Léa.

— En tiempos de guerra, lo que más excasea son las cerillas. Si quedásemos sin ellas tendríamos que encender el fuego frotando dos piedras. Traiga usted cuantas cajas pueda.

Avanzaba a paso ligero y prudente por caminos vecinales y carreteras de cuarto orden. Los campos continuaban desiertos; las casas que cruzaba, cerradas y silenciosas. La vida parecía haberse retirado de aquel paraje. Y sin embargo los días eran maravillosos, de sol deslumbrante. Los pájaros piaban y se agitaban por millares entre la arboleda y la canción del agua, saltando de pequeñas esclusas y de canales de riego, daba una sensación deliciosa de paz y de frescura al ambiente.

Recuerdo que me desalteré y permanecí un rato sentada en el comedor de un molino, también abandonado, cuyas puertas y ventanas parecían haber sido abiertas violentamente. Pero todo estaba en orden y tranquilo. Pensé que seguramente por allí habría pasado alguna de las bandas de soldados fugitivos que deambularon durante muchos días por los campos de Francia.

Pero yo no tenía miedo. La abuela atrancaba puertas y ventanas, llena de terror. Yo me reía :

— ¿ Qué podemos perder ? No tenemos nada y lo que hay aquí no es nuestro.

Además, esos hombres tan desamparados como nosotros, vencidos por la fatiga y por el hambre, solo me inspiraban una inmensa lástima. Había en sus ojos la mirada del jabalí acosado o del perro vagabundo. Eran rudos y hoscos a fuerza de miedo. Pero una palabra amable, un gesto solidario, les devolvía la humanidad dolorosa y les veía ante mi prontos a abandonarse y a llorar como niños.

No habrá nunca acentos bastante enérgicos, palabras bastante inspirada para maldecir la guerra y esa lucha constante y criminal entre los hombres. Cuando leemos « Abajo las armas ! », de Berta de Suttner, o « Sin novedad en el frente », de Remarque, o « El Fuego », de Barbusse, nos impresionan como obras literarias logradas y estimamos el valor moral que las inspira. Pero cuando la guerra la hemos visto de cerca, en sus horrores y en

sus faces múltiples, oh, entonces, ¡ cuán pálidas nos parecen esas descripciones ante la realidad que las supera en horror, en miseria, en dramas individuales confundidos y condensados en un espantoso drama colectivo !

¡ Y qué ración de guerras he tenido que devorar yo en mi vida, aún no terminada ! La guerra civil en España, más cruel y más despiadada que una guerra de fronteras. Esta debacle de Francia, en la que ví encenagarse, descender de toda dignidad, arrastrarse por el lodo la conciencia de un pueblo. ¡ Aquellas colas en París, a la puerta de los cuarteles alemanes, esperando la sopa boba ! ¡ Aquel espectáculo de la Place des Fêtes, en Belleville, donde los camiones alemanes, cargados de marmittas llenas de comida, la distribuían entre la población hambrienta... y carente de ese sentimiento de orgullo y de entereza que sostiene, por la voluntad indomable, los cuerpos desballecientes !

La he visto luego en lo que fué el horror inenarrable de las luchas de la Liberación, en el sacrificio bárbaro de poblaciones enteras; la he visto en las 17 horcas de Brantôme; en los 13 fusilados de Vergt; en Rouffignac y Oradour incendiados, en sus mujeres, y sus viejos, y sus niños, quemados vivos.

Y en esos días, cuando tendía los vasos de leche caliente a los soldados franceses harapientos, desfallecidos por muchas horas de marcha, con reflejos de locura en los ojos, pensaba, una vez más, en ese espectáculo dantesco de *nuestros* soldados, arrastrando sus piernas, sus brazos en cabestrillo, amontonados por millares en la frontera del Perthus, con los aviones franquistas sobre la cabeza y las ametralladoras de los senegaleses delante, conducidos luego como doliente rebaño hacia las arenas de Argelés, donde morían por centenares, gangrenados, con las heridas llenas de arena. Me esforzaba en rechazar con energía este recuerdo y, sobre todo, en no hacer responsables de aquel crimen a esos pobres hombres que hoy pedían de mí un poco de compasión, la manifestación de esa solidaridad que es la única nobleza de la especie.

X

Me encontraba ya lejos de Néronville, lejos de todo poblado, cerca solamente de una casa de campo abandonada, cuando tropecé casi con un hombre tendido en el suelo. Primero pensé que estaba dormido e iba a alejarme, dando un rodeo, cuando el hombre me tendió las manos, murmurando con voz desmayada:

— ¡ Por piedad, un poco de agua !

Me incline sobre él, mirándole más de cerca. Era un hombre joven, un muchacho, apesar de la barba que cubria sus mejillas y sus labios. Llevaba unos pantalones kaki y los restos de una guerrera sobre los hombres. Bajo los harapos se veía la carne ensangrentada.

— ¿ Está usted herido ? — le pregunté.

Me hizo un signo afirmativo con la cabeza, implorando de nuevo :

— ¡ Agua, un poco de agua !

¿ De donde iba yo a sacar el agua y, sobre todo, como traerla hasta él ?

Corrí hacia la casa y estuve un rato forcejeando con las puertas, buscando manera de entrar. Pero eran sólidas y resistieron a todos mis esfuerzos. Desesperada, buscaba un trasto cualquiera con el que coger agua de un canalillo que habia visto a unos doscientos metros de donde se hallaba el soldado herido. Al fin encontré un bote sucio, lleno de tierra, que sirvió probablemente para dar de deber a los gansos o a los patos pequeños.

Lo lavé como pude y lo llené, llevándolo al herido. Bebió este con avidez y dejó caer de nuevo la cabeza en el suelo.

Yo intenté buscarle la herida, pero ví que tenia todo el cuerpo cubierto de cardenales, la piel levantada en muchos sitios. Le miré con cierto asombro y él abriendo los ojos murmuró :

— ¡ Los caballos, los caballos !

Al principio no comprendía. Al fin, realicé lo que me decia.

— ¿ Le han pasado los caballos por encima ?

— Si... furiosos... Guárdese usted de ellos.

— ¡ Pero entonces no puede permanecer aquí, en mitad del camino !

— No puedo moverme. Tengo algo roto.

Era un buen mozo, de elevada estatura, y pesaba como un diablo. Ni en sueños podia pensar en levantarlo... Como pude, cogiéndole por los sobacos, arrastrándole por el polvo, entre sus gemidos de dolor, parándome a cada momento, conseguí sacarlo del camino, llevarlo hasta la casa, junto al pajar. Vencido por el dolor, por la debilidad quizá — quién sabe las horas que hacia que no tomaba alimento alguno — se desmayó.

Otra vez corrí en busca de agua. Le mojé la frente, las muñecas, le levante la cabeza, poniéndola sobre mis rodillas. Al fin volvió en si. Yo le miraba con inmensa piedad, pensando que lejos, quién sabe donde, habia quizá una madre que sufria por

él, quizá una novia; pensando, confusamente, que quizá un día mi hijo viviría ese dolor, ese abandono, esa soledad tan grandes.

Toqué su frente y sus manos : ardían de fiebre. Balbuceaba palabras confusas, sin ilación. Me preguntaba a mi misma :

— ¿ Qué hacer ? A donde acudir en demanda de auxilio ?

Todas las « fermes » estaban desiertas, abandonadas. Si alguien quedaba, era alguna anciana, algún viejo. Nadie podría ayudarme a trasladarlo. La sola solución era : o volver a Néronville, de donde me separaban ya cuatro o cinco kilómetros, o ir al pueblecillo donde me dirigía — por más esfuerzos que hago no puedo recordar el nombre, que, pronunciado en francés, difiere bastante así mismo de su ortografía — y contar el encuentro con el herido, solicitando ayuda de alguien. Siempre habría más probabilidad de encontrar tres o cuatro personas en un pueblo de 200 habitantes. Pero me vería obligada a explicarme, a dar mi identidad, a decir donde estaba, a contar más mentiras. ¡ Cuántas, señor, han pasado por mis labios desde que estoy en Francia !

Pienso que, en mi orgullosa juventud, tenía como principio el culto casi fanático de la verdad y de la lealtad. Consideraba que recurrir al disimulo y al engaño era propio de espíritus débiles, era algo incompatible con mi concepción de la fuerza y de la dignidad. ¡ Como la vida echa por tierra los mejores propósitos y tuerce las más rectas líneas de conducta ! Quizá por esto hoy hay en mí una mayor indulgencia y una más gran piedad hacia todo y hacia todos, empezando por mí misma.

Humanamente no podía dejar a ese hombre herido, abrasado de fiebre, abandonado a su suerte. Por encima de toda duda y de todo escrúpulo, se imponía a mí un deber de solidaridad y de honradez.

Le hice un cojín amontonándole paja bajo la cabeza y tranquilizándole con la seguridad de que volvería, pues, al ver que me alejaba, con un resto de lucidez y en medio de su desvario, me tendía las manos pidiendo que no le dejase, me alejé a paso vivo.

No tardé en llegar al pueblecillo, compuesto de una línea de casas que vadeaban la carretera, una plazuela y una iglesia. Todo estaba cerrado. No obstante, cerca de la plaza encontré a una mujer.

La llamé y se volvió hacia mí, contemplándome curiosamente :

— ¿ De donde sale usted ? — me dijo, como si yo hubiera caído del planeta Marte o de la Luna.

— Vengo de Néronville. Voy en busca de cerillas y de sal. ¿ Sabe usted si hay por aquí alguna tiendecilla abierta ?

— Ahí en la plaza hay una, cuyos dueños no se han marchado. Pero no sé si le venderán nada.

— ¿ Y no queda nadie en la alcaldía ?

— Oh, no ! El alcalde, que es el médico, se marchó de los primeros.

— He encontrado un soldado herido. Habría que ir a recogerlo. Si no, morirá. ¿ Hay algún hombre hábil por aquí ?

— No hemos quedado más que viejos y enfermos. Yo me quedé porque mi marido estaba en cama, gravemente enfermo, y no podía abandonarle. ¡ Y el médico se marchó, dejándolo todo ! ¿ Reconoce usted a nuestra Francia ?

Otra vez el mismo lamento, la misma irritación, la misma vergüenza por esa degeneración del espíritu francés, que constituía el orgullo de este pueblo. Pero todos eran franceses y solo reaccionaban en este sentido cuando eran personalmente víctimas de esta pérdida de valor cívico y de virtudes sociales. Nosotros estábamos curados de espantos desde 1939 y la desertión de un alcalde y médico que abandonaba el primero su pueblo, no nos impresionaba, después de haber visto un equipo de doctores decretando la vacunación anti-tifoidica a todo un campo ya atacado de tifus, manera infalible de llevar a la muerte a miles de desgraciados, pues no se establecía distinción alguno entre indemnes, atacados o posibles tifoidicos, en cuya sangre ya actuaba el microbio contagiado.

La mujer me acompañó hasta la pequeña « epicerie », donde había dos mujeres más, de apariencia solteras.

Me vendieron sal y cerillas, compré incluso unos caramelos para los niños, pedí café y azúcar, racionados y que me negaron — quizá realmente no tenían — y volví a plantear el caso del soldado. Levantaron los brazos al cielo :

— Aquí no hay hombres. Todos marcharon. Quizá encontrará usted algún soldado de los que van merodeando.

Empecé a impacientarme.

— Es que se trata de un hombre herido, al que hay que auxiliar. No he de ser yo sola la que deba buscar a alguien para transportarlo. Por humanidad, deben ayudarme ustedes a cumplir este deber con una víctima de la guerra. Hay que llevarlo a una casa, lavarle y vendarle las heridas, en espera de médico.

— Pero nosotras no podemos hacer ninguna de estas cosas. Vaya usted a casa del guarda campestre. El tiene la obligación de hacerlo. Fuera el alcalde, es la única autoridad aquí.

La mujer que encontré primero se ofreció a acompañarme a la casa del guarda campestre, un viejo con bigotes y cara de mal genio, que empezó a jurar y a maldecir cuando yo le expuse el caso :

— ¿ Qué quiere usted que haga yo ? Es que cree usted que, a mis años, puedo correr los caminos a un cazador furtivo ? ¡ Todo el mundo se ha marchado !

Yo me senté, sin que nadie me invitase. Cuando terminó, le dije con calma :

— ¿ Así, pues, vamos a dejar morir a ese herido ?

— Yo no he dicho tal cosa. Y usted, ¿ quién es ?

Una vez más — estaba ya preparada para ello — expliqué nuestra historia, dí mi identidad de circunstancias, que no se apoyaba sobre papel alguno. ¡ Pero era tan fácil haberlos perdido entre aquella confusión terrible !

Al fin el viejo se levantó, buscó gruñendo dos barras que pudiesen servir de parihuelas, les puso encima un pedazo de empalizada, echó una manta sobre ella y me ordenó :

— Coja usted los remos. Es usted bastante robusta para sustituir a un hombre. ¡ Ale ! ! En ruta !

Interiormente me reía. Apesar de su brusquedad, el viejo me era simpático. Era uno de esos toscos ejemplares de viejo francés — el grognon de Bonaparte, el peludo de la primera guerra — que escondían, bajo un exterior rudo, un corazón y un carácter.

Fuimos en busca del herido y lo transportamos.

El guarda campestre me dijo :

— Lo instalaremos de momento ahí, en una cama. Después estaré obligado a declarar su presencia al ocupante. Es un soldado : quedará prisionero.

— ¿ Qué noticias hay ?

— Confusas. Los alemanes, según parece, están ya casi en la frontera española. Franco, en nombre de Pétain, negocia el armisticio. Aquí no hay alemanes. Pero en Chateau-Landon han instalado ya una Kommandantur.

Bajó la cabeza. Sus labios temblaban. Se irguió nuevamente, mirándome con furor :

— Jamás, jamás la Francia había pasado por parecida vergüenza. Nunca nos habíamos visto invadidos de frontera a frontera. No ha habido resistencia. La culpa, toda la culpa es de ellos, que han dado a los soldados la consigna de no resistir...

— ¿ Ellos ?... ? Quienes son ellos ?

— ¡ Quienes han de ser ! ! Los comunistas !

No repliqué, inclinando la cabeza. Algo de cierto podía haber en ello. ¡ Pero no eran comunistas los jefes fascistas; no eran comunistas los oficiales superiores reaccionarios ! El pacto germano-soviético operaba entre las clases y el pueblo. La reacción estaba arriba, en los mandos, y la corrupción, la pérdida de sentido heroico, la falta de moral combativa, la exacerbación del instinto de conservación, operando por encima de toda razón patriótica, ideal y política, en todas partes.

Entre los dos desnudamos al herido, lavamos con agua hervida sus llagas. Estaba todo magullado. Tenía alguna herida de bala, anterior probablemente al atropello de los caballos. Como era joven y robusto, seguramente se salvaría. Yo ya había hecho cuanto estaba a mi alcance por él. Sin duda tenía él conciencia de ello, pues cuando me incline sobre su semblante para decirle :

— Animo y buena suerte — extendió las manos, cogiéndome las mías, estrechándolas con fuerza y murmurando :

— ¡ Gracias, gracias !

XII

Los primeros días de nuestra estancia en Néronville, después de la voladura de los puentes, nos rodeó un silencio impresionante. No se oía ni un cañonazo, ni un avión, ni un auto, ni un tren — la línea pasaba por Souppes, no lejos de la aldehuela. Teníamos la extraña sensación de vivir suspendidos entre cielo y tierra. Nuestra única preocupación inmediata era la comida. Una vez resuelto este problema diario, no cabía más que la espera, el « *laisser-aller* », tan caro a los franceses. La busca del jabón, para lavar la ropa de los niños, era también motivo de preocupación y de desplazamientos. Menudos problemas de la vida cotidiana, que en tiempo normal no ocupan ni un momento pero que en aquellos instantes significaban para mi kilómetros de marcha a la deriva, bajo el continuo terror de encontrarme con las bandas de caballos sueltos que asolaban los campos — los caballos del ejército, abandonados por la tropa en su retirada en desorden, desertando en masa los soldados al tener la sensación del « *sálvese quien pueda* ».

Dos veces topé con ellos : la primera, en bien críticas circuns-

lancias, la segunda días más tarde, volviendo de mi primer viaje a Chateau-Landon.

A la mañana siguiente del día que me ocurrió el incidente del herido, vino Léa corriendo :

— Ha venido un hombre de Aufferville en bicicleta y ha dicho que el panadero ya ha vuelto, que habrá pan esta tarde, no mucho, pero que hará un reparto entre todos los que se han quedado por la comarca. Alguien de Néronville tendría que ir. Yo le he dicho que habíamos quedado cuatro familias — así nos dará un poco más, que tendrá usted para los niños. Yo no puedo ir : ¿ quién ordeñaría las vacas ? La maestra y su marido están ya demasiado viejos para aventurarse por esos caminos. No quedan más que usted o Teodora para hacer ese encargo,

— Yo iré — dije vivamente, loca de alegría, al pensar que tendríamos un poco de pan. Como era la principal materia que faltaba, no cesaban de reclamarlo Vida y Germi, y aún mi padre, totalmente vuelto a la primera infancia.

¡ Pobre padre mio ! ! Qué amargo y patético recuerdo guardo de él en esos días ! No se movía de su habitación. Se pasaba las horas muertas inmóvil, sentado, contemplando el cielo por la ventana, ausente en absoluto de nuestra vida, y de nuestras angustias cotidianas. Ni la ilusión de sus nietos, de su nieta sobre todo, tan poderosa en los primeros tiempos de su vejez — empezó a ser realmente viejo a los setenta años — lograban distraerle de esa especie de ensonación en que se hallaba sumido. ¿ Qué imágenes desfilaban ante sus ojos medio ciegos, en qué compañía remota e ideal vivía, lejos en el tiempo, ajena a las convulsiones de aquella hora por la que él pasaba ya como un fantasma ? ¡ Quién podrá jamás, saber las visiones que acompañan las últimas horas de un moribundo, los postreros destellos de la inteligencia de un anciano, presto a sumergirse en la muerte !

Le llevábamos la comida a su cuarto. Los primeros días venía a la cocina donde comíamos, pero como debía descender tres escalones y tropezaba con ellos, nos pidió que no le obligásemos a hacer aquel esfuerzo innecesario. A veces la niña iba a buscarlo y le conducía al huerto, realizando lo que había sido su sueño: verse medio ciego, teniendo por lazarillo a su nieta. Pero no hallaba placer alguno en ello. Se dejaba llevar casi a la fuerza, temiendo siempre al sol, al aire, al calor, al frío. ¡ Oh ! cuántas veces, mirándole, evocando el hombre brillante, gallardo, infatigable, valiente hasta la temeridad, con una salud moral y física a toda prueba, que había sido, maldecía la vejez y me hacía la promesa secreta de no asistir a esta decadencia, a esta muerte en vida en mi misma ! Admiraba la previsión de Lafargue y su compañera que se evadieron voluntariamente de la existencia

antes de que empezasen en ellos los primeros síntomas de la senectud.

Sali, pues, aquella tarde para Aufferville. Cuando llegué al pueblecillo, al que ya iban regresando los evacuados que marcharon últimos y que no pudieron, por tanto, ir muy lejos, aún el pan no había salido del horno. Tuve que esperar un poco, pero me dieron un hernosó pan redondo de seis libras, blando y caliente, que estreché con inmensa alegría contra mi pecho.

Cargada con este grato peso, ligera, con el anhelo de llegar pronto a Néronville y repartir entre los viejos y los niños que me esperaban el pan bendito, que no habíamos probado desde hacia bastantes días, emprendí la marcha.

Y estaba entre Aufferville y Néronville, en un lugar donde la carretera pasa entre dos vallas de tierra, cuando oí tras de mí un rumor sordo, como de trueno que va rodando entre las nubes. El cielo estaba límpido; el sol, ya en su ocaso, ponía sobre todas las cosas una luz dorada y dulce.

Instantáneamente, me di cuenta del peligro. Pensé :

— ¡ Los caballos !

Solo tuve tiempo de echarme a un lado, estrechando contra mi pecho el pan querido.

Pasaron como una tromba, rozándome, en tropel, de cuatro o cinco en fondo. Si me hubiesen hallado en mitad del camino, distraída o de noche, hubieran pasado sobre mí, pisoteándome como a una hoja.

Durante muchos días, esas bandas de caballos sueltos, alcados y hambrientos, destrozaron las cosechas, devorando los campos verdes y triturando los trigales bajo sus galopes furiosos. Después, los alemanes, al irse distribuyendo en Kommandanturs por toda Francia, los recogieron y los encerraron en parques construidos con alambradas. En Chateau-Landon había uno, que ví lleno de caballos la segunda vez que fuí a esa pequeña ciudad, cabeza de partido de todos los pueblecillos que fueron teatro de mis correrías mientras duró nuestra estancia en Néronville.

Cuando llegué al pueblo, nos reunimos en casa de Léa para hacer fraternalmente la distribución del pan.

Léa lo partió en dos : una parte me la dió y de la otra hizo dos pedazos : uno para ella y su marido; otro para la maestra y el suyo. ¡ Con qué admirable facilidad y buen acuerdo se arreglan las cosas en momentos así, sin necesidad de autoridad ni de dinero ! De todo lo que yo encontraba, daba parte a nuestros compañeros de ocasión; por su lado, Léa compartía los hue-

vos de sus gallinas con nosotros y los niños comieron las mejores fresas del jardín de la maestra. Y no nos habíamos visto nunca, hasta aquel momento; nada sabíamos los unos de los otros; nunca más nos hemos vuelto a ver después.

XIII

Ví los primeros alemanes en un pueblecito a donde fui dos o tres días más tarde, en busca de algo. Eran dos soldados. Se paseaban pacíficamente. Detuviéronse ante un grupo de mujeres, esforzándose en explicar que deseaban cerillas.

Me decidí a ir hasta Chateau-Landon para averiguar si funcionaban correos y telégrafos. Teníamos ya luz eléctrica, que faltó durante bastantes días. Estábamos carentes de toda noticia de mi compañero y, camuflando el nombre, como fuese, hubiera querido hacerle comprender que vivíamos. El calvario que él sufrió por su parte no se puede describir. Al ver que París caía; al pensar que nosotros nos habíamos visto envueltos en el desastre, en la trágica retirada; que quedábamos fatalmente en poder de los alemanes, con cuanto ello entrañaba de peligros para mi, de abandono para su madre y para sus hijos, quiso volver, regresar a París, reunirse con nosotros. Pero si a nosotros nos fué imposible avanzar, mas imposible le fué a él retroceder. Pasó noches y noches vagando por campos y pueblos, durmiendo en las cunetas de las carreteras, detenido siempre por el río humano que bajaba, bajaba, retrocediendo hasta el mar y la frontera española. Era como si, en un frágil esquife, hubiese intentado remontar la corriente del Mississipi. Al fin, extenuado, hambriento, desesperado, tuvo que renunciar a este empeño, pensando que nos había perdido para siempre.

Las comunicaciones no se restablecieron, primero en la zona ocupada por los alamanes y después entre zona y zona, hasta bastantes días más tarde.

Pero de Chateau-Landon traje carne y la primera impresión de los alemanes, que no fué mala. En los primeros tiempos se portaron con extremada corrección, siendo su trato con la población civil bueno y amable, dejando mejor recuerdo que los americanos, que, en 1944 y 1945, tomaron Francia por país conquistado. Fué más tarde, al organizarse la resistencia y al empezar las razzias de los S.S. — ¡ oh, la División « Das Reich » y la « Adolf Hitler », de horrible e imborrable recuerdo ! — cuando la ocupación se hizo bárbara, cruel y sanguinaria. Y, así

y todo, la Werhmacht jamás llegó a los excesos de refinado sadismo de los cuerpos de mercenarios al servicio de Himmler.

En aquellos días, aún estábamos en plena euforia. Los alemanes que encontré por las afueras de Chateau-Landon me sonreían. Nadie me preguntó nada ni se preocupó de pedirme papeles. El edificio de correos estaba ocupado por ellos. Al preguntar si podía enviarse algún telegrama, me contestaron amablemente y en un francés bastante correcto :

— Todavía no, señora. Pero pronto, pronto.

Todo aquello, anunciando la normalidad en la anormalidad, nos planteaba una serie de nuevos y angustiosos problemas. No podíamos continuar indefinidamente en Néronville. De un momento a otro podían regresar los dueños de la casa y desalojarnos tranquilamente de ella. ¿ A dónde ir ?

Francia estaba dividida en dos. Una, la llamada libre. Otra la ocupada. Por la radio se habían dado ya las cláusulas del armisticio. Era más difícil franquear la línea de demarcación que abandonar el país.

Volver a Combs-la-Ville era ponerme yo misma en las manos de la policía española. ¿ Y donde meterlos en París, con dos criaturas y dos viejos, sin pieza de identidad alguna, sin cartas de alimentación, sin poder confiarme a nadie, sin saber a qué puerta llamar, pues descontaba el desbarajuste producido entre los emigrados ?

Todas estas preguntas me formulaba cada noche, viendo acercarse con espanto el momento de contestarlas.

XIV

Los acontecimientos se precipitaron con más rapidez de lo que esperábamos.

Una mañana nos levantamos, viendo el pueblo invadido de uniformes verde-azulados. ¡ Néronville era ocupado por una brigada en descanso !

Un oficial de intendencia recorría las casas, abriendo violentamente aquellas que estaban cerradas, distribuyendo a los hombres. Llegó a la nuestra seguido de dos hombres de tropa con la bayoneta calada.

Miró por encima la capacidad de la vivienda y escribió un número en la puerta :

— ¡ Diez y seis !

Poco rato después aparecieron un sub-oficial y varios hombres de tropa.

El sub-oficial era un hombre de unos treinta y cinco años, alto, delgado, de ojos vivos y penetrantes. Recuerdo que le encontrábamos un vago parecido con Angel Pestaña. Recorrió todas las habitaciones, y al llegar ante la puerta de la que ocupaba mi padre, yo le dije :

— Aquí duerme y pasa la mayor parte del día mi padre, que se encuentra enfermo.

Abri la puerta, y revivo como un espectáculo difícilmente olvidable la visión de Urales sentado, con las manos sobre las rodillas, la larga barba blanca sobre el pecho; el cabello, que no se había cortado desde hacía tiempo, largo también y ensortijado — visión de belleza patética e impresionante. Su gran frente, su perfil de rey godo, correspondían seguramente al caudon perfecto del ario puro. El oficial le contempló un instante, impresionado, y, quizá sin saber lo que hacía, se descubrió lentamente. En voz baja me preguntó :

— ¿ Es... un sabio ?

Yo vacilé. Lo que más nos importaba era pasar inadvertidos, ser lo más humildes y lo más modestos posible. Contesté simplemente :

— ¡ Oh, no ! Es un maestro jubilado.

El sub-oficial fué amable. Me dijo, en bastante buen francés :

— Son ustedes mujeres, niños y ancianos. Para mayor comodidad de ustedes haré dormir a los hombres sobre paja en la buhardilla. Así estarán ustedes más tranquilas y más libres.

El mismo durmió arriba con sus hombres.

Los primeros días las cosas fueron relativamente bien. Los alemanes se sentaban en corro delante de la puerta y cantaban a coro. El oficial se instalaba en la cocina, cogía a Germe sobre sus rodillas, y nos miraba tragar sonriéndonos. Nos traían pan, latas de conservas, chocolate para los niños.

Pero por la noche el terror apoderábase de nosotras. La buhardilla se cerraba con una puerta que daba acceso a la escalera, sita al fondo del corredor. Cuando los hombres se habían ido a acostar, Teodora se levantaba de puntillas y corría el cerrojo, encerrándolos. A la mañana siguiente, al clarear el día, abría otra vez sin hacer ruido. No contentas con ello, amontonábamos detrás de nuestras puertas mesas y armarios.

Teodora encontró un barril de aguardiente — de ese aguardiente francés que aquí llaman eau-de-vie — y sin saber bien lo que era, para tenerles contentos, les distribuyó unas cuantas

botellas. Cuando vimos los efectos, sus risas, su alegría peligrosa, las bromas que nos gastaban, como se arrimaban a nosotras, yo le dije :

— Ay, Teodora, ¿ pero qué has hecho ? Si se emborrachan estamos perdidas.

Aquella noche salvó la situación el sub-oficial, que comprendió lo que ocurría y ordenó a todos los hombres que se fuesen a acostar, diciéndonos él mismo que cerrásemos la puerta.

Al día siguiente, sonriendo, nos dijo :

— Vino, sí. Aguardiente, no.

En aquellos días, pude darme cuenta de lo que era la disciplina entre los alemanes, de lo temible que es una colectividad en la que el individuo desaparece voluntariamente. Para el bien, como para el mal, entre los alemanes la obediencia era absoluta y ciega. Un signo del sub-oficial, un toque de corneta, gobernaban aquel mundo de hombres gigantescos y dóciles. Mientras se les ordenó ser buenos y dar una lección de generosidad y de educación a los franceses, su trato fué algo ejemplar : ni un exceso, ni un abuso. Cuando se les dijo : Hay que ser implacables — la más espantosa brutalidad sustituyó a la corrección y la elegancia moral del comienzo.

XV

Poco a poco, el sub-oficial fué volviéndose inquietante. No se movía del comedor, donde había una estantería llena de libros, leyendo y escribiendo cartas. Una tarde, mientras los niños dormían la siesta, me sorprendió leyendo para pasar el rato, una traducción francesa de « Hermann y Dorotea ». Me cogió el libro y me preguntó :

— ¿ Conoce usted la literatura alemana ?

— Poco... Goethe, Schiller, Heine, Novalis, Holderlin, algo de Kleist,... algunos modernos.

No me atreví a nombrar a los hermanos Mann, a Rilke, a Zweig. Pero él, animado, buscando las palabras en francés, me hizo preguntas y preguntas. Yo maldecía la idea de haber abierto aquel libro, temiendo que un exceso de cultura resultase sospechoso.

Al día siguiente se me acercó con una tarjeta del comerciante

de gallinas y conejos, auténtico dueño de la casa, encontrada sin duda en algún cajón de la mesa.

— ¿ Es... su esposo ?

— ¡ Oh, no ! ! Es mi tío ! — La serie de mentiras continuaba. Una más, una menos, ¡ qué importaba !

— ¿ Casada; viuda ?

— Casada. Mi marido está movilizado.

— ¿ Qué hacía antes ?

— Esa representante de comercio.

— ¿ Y usted ?

— ¡ Oh, yo, nada ! ! Cuidar de la casa y de mis hijos !

— Y usted, ¿ cómo se llama ?

— Germain. Mme Germain.

— No, no. Su nombre, su nombre propio.

— ¡ Ah ! Fanny, me llamo Fanny.

— ¡ Fanny ! En alemán también existe.

Otro rato le ví contemplando mi pelo, que tenía entonces brillante y negro como el azabache.

— ¡ Qué hermosa cabellera tiene usted ! No parece usted francesa. Su tipo es italiano o español.

Teodora y yo nos mirábamos con angustia.

Cuando quedábamos solas, nos entregábamos a todas las conjeturas.

— Es el representante del partido en el grupo de los diez y seis. Los nazis son como los comunistas. En todas partes tienen sus hombres de confianza, que vigilan y controlan.

— Cuando pregunta tanto, es que algo sospecha. Comprende que no somos franceses. Quizá ha sorprendido alguna palabra cruzada entre nosotros.

No hablábamos más que en catalán. Incluso, a ratos, con los restos de buen humor que aún nos quedaban, nos reíamos como locas, pensando en las singulares lecciones de francés que tomaban los alemanes con Teodora. Le enseñaban un vaso y ella decía :

— ¡ *Got !*

Le mostraban una mesa y ella decía :

— ¡ *Taula !*

El interés del sub-oficial, sus preguntas, su rondar constante

en torno nuestro, para nosotras no podían ser más que una vigilancia producida por el despertar de una sospecha.

Después, pasado aquel percance, analizando friamente las cosas, me he dicho que todo aquello podía ser simplemente un interés de hombre, atraído por una mujer todavía joven. ¡ Qué de extrañío que se sintiese bien entre nosotros contemplando jugar a los niños, viéndonos vivir, recordándole quizá el hogar perdido ! ! Cuán natural en él el deseo de la mujer, después de tanto tiempo de estar privado de toda relación femenina !

Pero en aquellos momentos éramos incapaces de comprender todo esto. Vivíamos bajo un complejo de persecución rayana en el desequilibrio. Y fué Teodora, siempre temblando por mí, la que dijo :

— Hemos de marchar de aquí, sea como fuese. Esta situación no puede continuar.

Un proyecto se formó en nuestra mente, que pronto nos dispusimos a llevar ejecución : Ir a Némours, al pequeño hotel donde durmimos la noche memorable del 10 al 11 de junio, y, si la dueña, que tan buena fuera con nosotros, había regresado, pedir su ayuda para escapar de Néronville.

¿ A dónde iríamos ?

¡ Qué sabia yo !. En mi bolso había una doble llave de uno de los pisos utilizados por el Consejo en París, cuando, cerrados por la policía el Bureau d'Information et de Presse del boulevard Saint-Denis y el despacho de la calle Reaumur, nos vimos obligados a recoger en algún sitio la correspondancia, los archivos y los ficheros. Ese piso, alquilado no hacia mucho, tenía alguna probabilidad de ser conocido por poca gente. Allí nos meteríamos, en espera de otras soluciones, si conseguíamos llegar a París.

Escribí una carta extensa a la hotelera de Némours — ¡ cuanto siento haber olvidado su nombre ! A ella no podía mentirle. Sabía que éramos españoles y las circunstancias que rodearon nuestro paso por allí. Le pedía, en frases emocionadas, su ayuda para salvarnos. Esta carta, una vez leída, Teodora debía destruirla.

¡ Valiente y abnegada Teodora ! De Néronville a Némours hay diez y seis kilómetros. Diez y seis más para volver son treinta y dos. No conocía el camino ni el idioma. Sabía que podían esperarla mil peligros. Salió antes de clarear el día y de que los alemanes se levantasen. A media tarde estaba de regreso. Y ya no era joven : había rebasado de bastante la cuarentena. Llegó con las uñas de los pies negros y los zapatos destrozados.

¡ Pero con una respuesta satisfactoria y una solución !. La hotelera, de vuelta ya le había prometido enviarnos, al día siguiente, un chófer y un coche con un *laisser-passer* hasta París, pagando solamente mil francos por el gasto de la gasolina. La nobleza y la bondad de esa mujer son también uno de esos casos raros con que he tropezado muchas veces en mi vida. ¿ De que nos conocía ? De nada. ? Qué obligación tenía de ayudarnos ? Ninguna. Sin embargo, hizo eso y mucho mas por nosotros.

Secreta y febrilmente, hicimos los preparativos de viaje, llenando nuestras maletas. Fui a despedirme de Léa, a quien dije que mi padre había enfermado, que se nos ofrecía una ocasión de regresar a París y que la aprovechábamos. Me abrazó y me besó, llorando, y nos llenó un cesto de vituallas : una gallina muerta, huevos, un poco de tocino, ¡ qué se yo ! Le prometí escribirle y me anotó sus señas, que aún he encontrado, revolviendo papeles. No le he escrito. Primero no podía, pues durante toda nuestra estancia en París, mi preocupación constante fué « *brouiller les empreintes* » — confundir las huellas — en lo que llegué a ser maestra. Después he temido que no existiesen o no nos recordasen. ¡ Han pasado tantas cosas en estos nueve terribles años !

XVI

La parte más difícil de nuestra aventura era conseguir de mi padre que no hiciese alguna cosa inconveniente. ¿ Como hacerle comprender nuestra situación angustiosa, obtener de él que colaborase para ayudarnos ?

Me senté a sus pies en un taburete y le cogí las manos, mirándole profundamente :

— Escúchame, papá, presta mucha atención a lo que voy a decirte; preocúpate por un momento de nosotras y comparte nuestra vida y nuestra lucha por salvarnos. Piensa que eres el único hombre que nos acompaña y que has de portarte como tal en la empresa que vamos a acometer.

Fué todavía sensible a esta llamada. Sus ojos, siempre como ensoñados, recobraron su expresión penetrante e inteligente de antaño y me preguntó con interés :

— ¿ Qué pasa ?

Le expliqué nuestras dudas de que los alemanes nos encon-

trases sospechosos y nos vigilaran; nuestros propósitos de alejarnos; la comedia de enfermedad que él debería representar a fin de justificar una partida precipitada hacia una clínica — justificación que yo pensaba dar al sub-oficial a la mañana siguiente cuando apareciese el coche.

Prometió hacer todo lo que fuese necesario, y efectivamente lo hizo, simulando una crisis, gimiendo a conciencia y dando el espectáculo de un fin próximo, si no actuaba un milagro que le salvase. Los alemanes, viéndonos correr por la casa, afanosos, inquirieron lo que ocurría. Al explicárselo, hicieron gestos de conmiseración. El sub-oficial propuso ir a llamar a un médico militar alemán, proposición que no acepté, como es de suponer, declarando que esas crisis eran periódicas y ya conocidas. Ofreció personalmente sus servicios, si queríamos que se quedase a velarlo. Le di las gracias con espanto, reiterándole que éramos suficientes y que ese deber filial no quería que lo cumpliese nadie más que yo misma. Se inclinó, admirando seguramente la excelstitud de mis sentimientos.

¡ Qué noche de impaciencia y de duda pasamos ! ¿ Y si el coche no llegaba ? ? Y si la hotelera no cumplía o no podía cumplir su promesa ? ? Y si los alemanes en el último momento encontraban altamente sospechosa nuestra fuga y nos detienen ? ? Qué sería de nosotros ?

Contemplaba el sueño inocente de mi hijito — en Néronville cumplió sus dos años — y mis ojos se llenaban de lágrimas. ¡ Pobres, pobres criaturas mías ! ! En qué trágicas circunstancias se desenvolvió su infancia y cuántas veces su destino pendió del hilo de un azar, de un movimiento a la derecha o a la izquierda de las fuerzas enemigas ! Germinal no tenía conciencia de nada; Vida sí, aunque no realizase plenamente la magnitud de nuestros peligros. Pero algo había claro en ella : el temor de perderme y la convicción de que su concurso era necesario.

Cuando yo marchaba en mis correrías en busca de comida, ella era la que hablaba con Léa y con los soldados perdidos que a nuestra puerta llamaban. Ante los alemanes ella era la que daba la sensación de una niña francesa normal y aplicada, abriendo los cuadernos del colegio y poniéndose a hacer deberes. Había un alemán, ya de una cuarentena de años, padre de una niña como ella — nos enseñó su retrato y el de su esposa — que se pasaba los ratos mirándola con enternecimiento. Al fin, eran hombres como los otros, con sangre humana en las venas, afectos y reacciones morales semejantes a los nuestros.

Llegó la deseada y temida mañana. Los alemanes habían ido a desayunar — les servían el café y la comida en la plaza del pue-

blo, donde estaban instaladas las cocinas de la brigada — cuando apareció el coche. Cargamos rápidamente las maletas, escondiéndolas en la del auto, y mientras la abuela, temblorosa, acababa de vestirse y Teodora daba el último retoque y el último consejo a mi padre, yo fui en busca del sub-oficial. Era necesario dar una explicación a nuestra marcha, convencerles de que se trataba de algo normal.

Lo encontré en el momento en que franqueaba la verja de la que, durante unas semanas, había sido nuestra casa :

— Vengo a decirle que nos vamos y que les confiamos la casa, hasta nuestro regreso o el de nuestros tíos, que no pueden tardar.

El estupor se reflejó en su semblante :

— ¿ Se van ustedes ? ? Cómo y a dónde ?

— En un coche que nos envía una amiga, a la que ayer informamos del estado de gravedad de mi padre. Vamos a llevarle a una clínica cerca de Fontainebleau, propiedad de un médico amigo de mi marido. Hay que operarle de la hernia que tiene, probablemente estrangulada. Si tardamos, morirá. Por su parte mi suegra quiere aprovechar el viaje para volver a su casa... Regresaremos aquí los niños, la *nurse* y yo, tan pronto haya dejado fuera de peligro a mi padre.

El sub-oficial murmuró :

— Si tardan ustedes mucho, a lo mejor nosotros ya no estaremos aquí. Tenemos solamente unos días de descanso.

— ¡Oh ! nosotras regresaremos seguramente dentro de tres o cuatro... Le entrego a usted la casa, rogándole procure que no destruyan nada sus hombres, como han hecho hasta ahora. Pongo toda mi confianza en usted.

Le alargué la mano, que él estrechó, y eso fué todo. Qué pensó de nuestra marcha precipitada, qué explicación dió a ella, creyó o no creyó lo de la enfermedad de mi padre, son otros tantos enigmas para mí. Evidentemente, si hubiese tenido órdenes de detenernos o si hubiese sido un miembro activo del partido al que hubiésemos inspirado sospechas, no nos habría dejado marchar tan tranquilamente.

Mi padre hizo su aparición apoyado sobre Teodora y sobre mí, arrastrando penosamente los pies, con la cabeza caída sobre el pecho, gimiendo y deteniéndose a cada paso. Los alemanes nos contemplaban con ojos compasivos y el sub-oficial nos cerró las portezuelas del coche, saludándonos con la mano al alejarnos.

— ¡ Qué pensarán de nosotros esos hombres ! — decia la abuela.

— De momento, nada. Probablemente creen todas las mentiras que les he dicho. Pero cuando vean que no volvemos, y regresen los auténticos dueños de la casa, y sepan que no son mis tíos ni el Cristo que les fundó, entonces sí que su pensamiento será libre.

Pero cuando todo esto ocurriese, nosotros estaríamos lejos : la vorágine de París nos habria englutido.

¿ Qué seria de nosotros, triste resaca, en ese océano encrespado ? El coche corria hacia Némours, y yo, con los dos niños en brazos, me preguntaba :

— ¿ A dónde iremos, dónde nos esconderemos, de qué viviremos ?

¡ Qué seria de nosotros, oh, sí, qué seria de mí, con el fardo de mi pasado sobre los hombros y el peso adorado y patético de mis hijos y de mis viejos entre los brazos ! La sensación de nuestro absoluto desamparo, de nuestra inmensa soledad en medio de tantos millones de seres indiferentes u hostiles, hinchaba de lágrimas contenidas mi corazón.

¡ Pero era necesario luchar, aguzar todas las facultades, hacer frente a las circunstancias, reducirlas y vencer !

(Se publicará la Segunda Parte de este relato en un próximo volumen de la misma colección con el título : « Jaque a Franco »).



OBRAS QUE PODEMOS SERVIR

Sonadores - <i>Knut Hamsun.</i>	175 francos
Sangre y arena - <i>Blasco Ibanez</i>	225 »
Notas - <i>Ortega y Gasset.</i>	120 »
La Nueva creacion de la sociedad por el comunismo anarquista - <i>Pierre Ramus.</i>	275 »
Dios y el Estado - <i>Bakunin.</i>	275 »
Los Aiducs - <i>Panaït Istrati.</i>	175 »
Corazon - <i>E. de Amicis.</i>	175 »
Honorina - <i>Balzac</i>	175 »
Eugenia Grandet - <i>Balzac</i>	175 »
Los ex-hombres - <i>Gorki.</i>	175 »
El jardin de Epicuro - <i>Anatole France.</i>	175 »
La Rebelion de los angeles - <i>Anatole France.</i>	175 »
Anatomia sexual.	150 »
Los miserables - <i>Victor Hugo</i> - Dos tomos	
El tomo	225 »
El noventa y tres - <i>Victor Hugo</i>	200 »
La Montana - <i>Reclus.</i>	175 »
Las Ruinas de Palmira - <i>Volney</i>	120 »
El Linyera - <i>Larreta.</i>	200 »
Fuego en los Balkanes	350 »
Fuenteovejuna - <i>Lope de Vega.</i>	225 »
La ilustre fregona - <i>Cervantes</i>	100 »
La literatura rusa - <i>Kropotkine.</i>	400 »
La cortina de hierro	650 »
Platero y yo - <i>Juan R. Jimenez</i>	170 »
La tierra - <i>Emile Zola</i> (2 tomos) El tomo,	175 »
Asi hablaba Zarathustra - <i>Nietzsche.</i>	175 »
Colectivismo agrario - <i>Joaquin Costa.</i>	1.200 »
Geografia y politica - <i>Gonzalo de Reparaz.</i>	560 »
Nuevo orden del mundo - <i>Wells</i>	200 »

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR

Espartaco - <i>Giovannoli</i>	360 francos
El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha	
<i>Cervantes.</i>	350 »
France y Heine - <i>Brandés</i>	175 »
Judas Iscariote - <i>Andreief</i>	175 »
Mary - <i>Bjoerson</i>	175 »
Cuentos - <i>Averchenco</i>	175 »
El Cucalambe	250 »
El fin del mundo - <i>Upton Sinclair</i>	1000 »
Gedeon Planish - <i>Sinclair Lewis</i>	400 »
El burlador de Sevilla - <i>Tirso de Molina</i>	80 »
Don Juan Tenorio - <i>Zorrilla</i>	100 »
Ensayos y conferencias - <i>Pedro Gori</i>	250 »
El intelecto helenico - <i>Pompeyo Gener</i>	250 »
Socializacion de la medicina - <i>Bianco</i>	200 »
La grande metamorphose - <i>Gille</i>	200 »
El ingenioso hidalgo Cervantes Saavedra - <i>N. Ledesma</i>	225 »
Fuerbach y Marx - <i>Mondolfo</i>	100 »
Peter Pan - <i>Montero Lobato</i>	425 »
Memorias de Emilia - <i>Montero Labato</i>	425 »
Waterloo - <i>Bleibtreu</i>	1000 »
Cartas de Muncas - <i>Julia Gouraud</i>	600 »
Arroz y tartana - <i>Blasco Ibànez</i>	260 »
La reina Califa » »	260 »
Aversion y atraccion en el matrimonio	
<i>Van de Velde.</i>	460 »
Anatomia de la paz - <i>Emery Reves</i>	450 »
Lo que toda joven deberia saber - <i>Dra Mary Wood</i>	50 »
Generacion Consciente - <i>Hardy</i>	50 »
El problema de los sexos - <i>Federica Montseny</i>	50 »
Nociones de Pedagogia - <i>Un profesor de la Normal</i>	50 »

Coleccion de "El Mundo al Dia"

Coleccion "Paginas Libres"

Obras de la "Editorial del M. L. E."

Libros de otras Editoriales

EDICIONES "UNIVERSO"

EL MUNDO AL DIA

Le Gérant,

R. CLAVE.